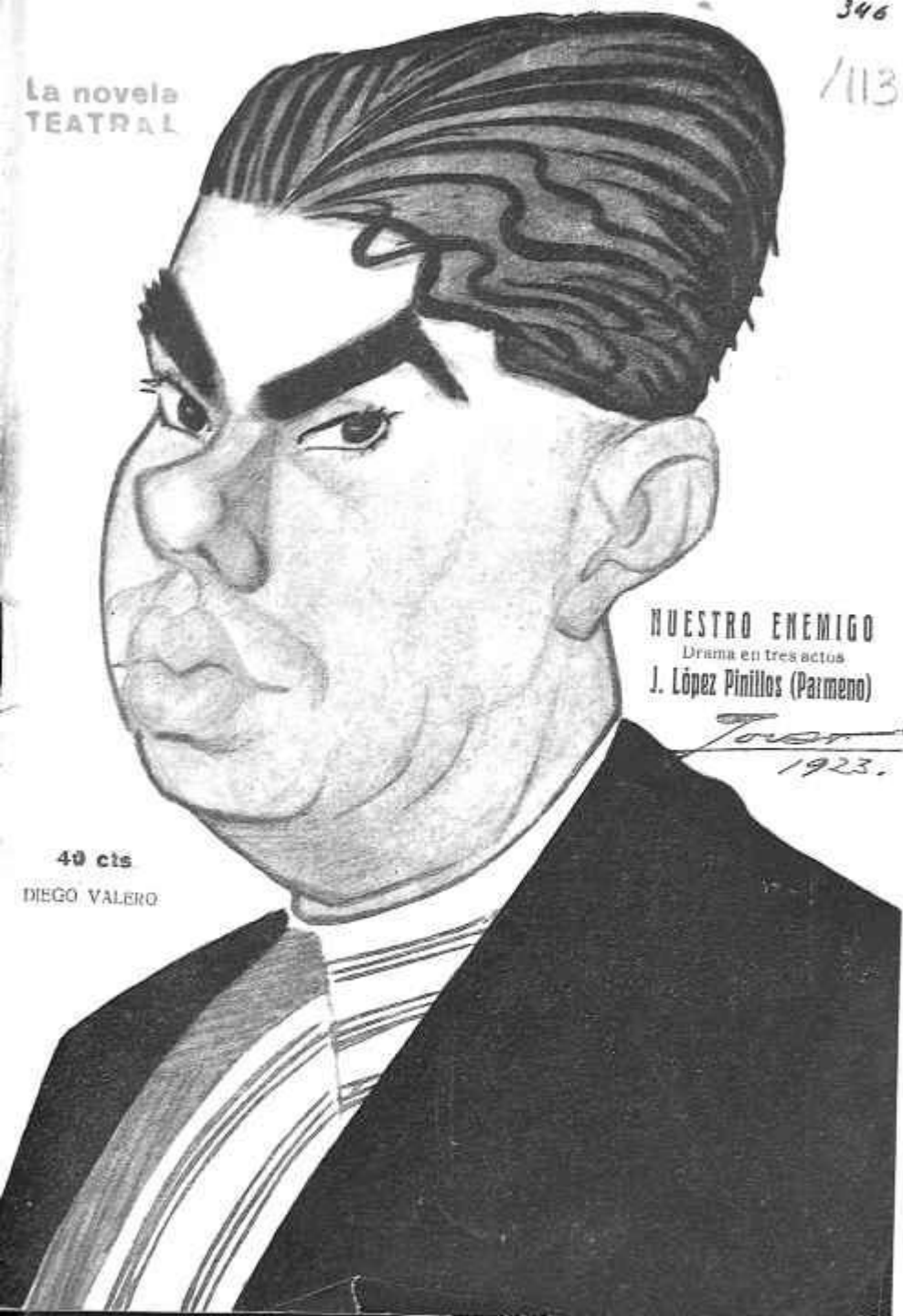


la novela
TEATRAL



NUESTRO ENEMIGO

Drama en tres actos

J. López Pinillos (Parmeno)

Tovara
1923.

40 cts

DIEGO VALERO

N.º 346
Año VIII

LA NOVELA TEATRAL

Madrid 8
Julio 1923

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUÍA

ADMINISTRACIÓN: MADRID.-CALVO ASENSIO, 3.-APARTADO 8.008.-TELÉFONO J-624

AGENTES EXCLUSIVOS PARA LA VENTA DE ESTA REVISTA:

República Argentina: **ANTONIO MANZANERA**.—Independencia, 856.—Buenos Aires.
Precio del ejemplar en Buenos Aires: 30 centavos.

Guatemala: **DE LA RIVA HERMANOS**. — 9.ª Avenida Sur, n.º 8. — Guatemala C. A.

EL FOLLETIN

Revista semanal literaria lujosamente editada, cubierta
en papel cuquet a cuatro colores, profusamente ilustrada.

HA PUBLICADO ESTA SEMANA

RESURRECCIÓN

DE

LEON TOLSTOI

NÚMEROS PUBLICADOS

- Núm. 1. — ALEJANDRO DUMAS. — Los mil y un fantasmas.
» 2. — VICTOR HUGO. — Han de Islandia.
» 3. — CARLOS DICKENS. — Los tiempos difíciles.
» 4. — F. DOSTOIEWSKI. — Crimen y castigo.
» 5. — ALLAN POE. — Aventuras de Arturo Gordon Pym.
» 6. — ENRIQUE SHENKIEWITZ. — ¿Quo Vadis?
» 7. — IVAN TURGUENEF. — Humo.
» 8. — WALTER SCOTT. — El pirata.
» 9. — ABATE PREVOST. — Manon Lescaut.
» 10. — HONORATO DE BALZAC. — La piel de zapa.
» 11. — POISSON DU TERRAIL. — Las miserias de Londres.
» 12. — FENIMORE COOPER. — El último mohicano.
» 13. — GABORIAU. — Por el honor del nombre.
» 14. — WISE MAN. — Fabiola.
» 15. — LEON TOLSTOI. — Resurrección.

132 páginas.

40 cts.



4-7-603/113 E. 43.130

La novela TEATRAL

Precio: 40 cts.

NUESTRO ENEMIGO

DRAMA EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE

J. López Pinillos (Parmeno)**PERSONAJES**

JUANA LA MERINITA, 28 años. - SALUD LA MERINA, 50 años. - TIA CÁRCAVA, 68 años. - LA MUJER DE LA CRUZ, 50 años. - LEONOR LA PACHONA, 17 años. - ANTOLIN PASTRANA EL BU, 42 años. - BASTIAN EL SI CO, 35 años. - CÁNDIDO EL MERINO, 61 años. - EL POBRECITO DE DIOS, 40 años. - ANDRES EL DE LA BARRIGA, 37 años. - EL CALAÑÉS, 34 años. - TONILLO, 51 años. - EL PENITENTE, 49 años. - BLAS, 68 años.

Pelatrines, braceros, viejos, viejas y niños.

La acción en un pueblo andalaz.

ACTO PRIMERO

Cocina en casa de Cándido el Merino. Es una vasta pieza, tristona y sucia, con los muros desconchados y las vigas torcidas. A la izquierda, en primer término, hay una puertecilla que da al patio; en segundo término, el fregadero y las hornillas, que reciben la luz de un ventanuco. Al fondo, en el centro, una chimenea de campana, en cuyo hogar orden unos cachos de olivo. A la derecha, en primer término, una anchurosa puerta que comunica con el corral. En esta pared de la derecha y en la del fondo hay, de trecho en trecho, a vara y media de altura, unas recias estacas empotradas, como de dos palmos de longitud, que sostienen sillas de montar, colleras, bioldos, harneros. Un poyo de ladrillos corre a lo largo de estas mismas paredes. Entre la puerta del patio y las hornillas, hay una tinaja. Cerca de la chimenea, a la izquierda, se ve una mesa de pino; de una de las estacas cuelga un retaco, y en medio de la cocina reluce, pendiente de un cordel, un viejo farol.

(Juana, de codos sobre la mesa, se enjuga las lágrimas con el delantal. Salud, mira, temerosa, hacia el patio. Juana viste un traje gris modestísimo y se abriga el busto con una toquilla negra. Está despeinada y llorosa; pero no hay en ella ningún signo que revele debilidad o irresolución y su mirada es terriblemente agresiva. El vestido de Salud es de tonos claros, y su toquilla—como sus pensamientos de criatura insignificante y casi feliz—es de color de rosa. Salud, que conserva también en el rostro las huellas de una borrasca de lágrimas, aunque sin peinar, tiene los cabellos alisados.)

SAL.—*(Avanzando vivamente hacia Juana.)* Ya se fué. *(Con ansiedad.)* ¿Te ha lastimao?

JUA.—Aquí en el hombro. *(Con desdén.)* No importa.

SAL.—Sí, estaba ciego... Si me pensé que te iba a esbaratar de un mal golpe... *(Besándola.)* ¡Pobrecita!... También tu padre es... como lo ha hecho Dios. ¿Se le pega así a una hija? ¿No es eso de sayones?

JUA.—*(Sonriendo acremente.)* ¡Y encima de verme engañá y sin honra! *(Mordiéndole las palabras.)* ¡Ajolá me hubiera matao!

SAL.—(*Después de una pausa.*) Es que tú tienes unas ocurrencias... ¿Pa qué saliste con el cuento sin necesidad?

JUA.—¿Sin necesidad?... ¡Qué simple eres, tía Salú!

SAL.—¿Es que Antolín se ha negao en redondo a casarse contigo?

JUA.—¿Y qué?

SAL.—Que pudiste aguardar, en vez de irle a tu padre con la noticia.

JUA.—Aguardar, pa que siguiera la burla, ¿no te parece? (*Con energía.*) No, tía Salú. Ya he aguardao bastante. ¡Se tiene que casar ahora, antes de que venga al mundo mi hijo, pa que mi hijo nazca con decencia!... ¡Si sólo me casaría por mi hijo! ¿Te figuras que quiero a ese hombre? ¡Cá!... Me enamoró en un minuto, y en un segundo lo he llegao a aborrecer. ¡No me explico ya ni cómo me alelé el muy canalla!...

SAL.—¡Toma!... Te gustó...

JUA.—Si no me gustó. Si eso es lo grande y lo raro. Siempre tenía miedo junto a él, y mira tú qué cosa: gozaba de sentir miedo. Un hechizo. “Este hombre —pensaba yo— dicen que fué caballista o algo así.” Y al pensarlo, me ponía como la cera de asustá. ¡Pero ilusiona tanto que un hombre mu malísimo, mu malísimo, sea humilde con una!... Y luego, pon que Antolín, con su pico, vuelve tarumba a la más pintá, y pon que cuando te mira con aquellos ojos, que tienen dentro to lo malo que han visto, parece que te queman con dos ascuas... Y, sin embargo, yo no le quería. El querer será de otro modo.

SAL.—(*Turbada.*) No sé. No te comprendo.

TON.—(*En el corral, a voces.*) ¡Música, música!... ¡Viva la vara de nar-dos!... ¡Hum, Toñillo, qué gotas!... (*Riéndose.*) ¡Já, já, já, já, já!...

SAL.—(*Por Toñillo.*) Va a entrar. Ven al cuarto y te alisas siquiera.

JUA.—(*Displicente.*) No. Ve tú.

TON.—(*En el corral. Más cerca.*) ¡Pos no se ha posao un gorrión en el cubo pa beber como una chiquilla!... ¡Já, já, já!... (*Gritando y palmoteando junto a la puerta de la derecha.*) ¡Eh!... ¡Jopo!... ¡Mira que le pido al gato la pistola!... (*Entra y déjase caer en el poyete, desternillándose de risa. Toñillo es un pobre idiota. Tiene la cara llena de arrugas y tostada por el viento y el sol de un modo increíble; y los cabellos, color de lino, cortados al rape. Va descalzo y sólo cubren sus carnes ateridas un pantalón de pana y una camisa azul.*)

SAL.—(*Irritada.*) ¿Estamos hoy de “rebulución”, tonto de los profundos?... ¡A callar!

TON.—(*Sin mirarla.*) ¡Música, música!

SAL.—(*Zamarreándole.*) La música te la voy yo a dar, arrastrao. ¿No sabes que a Juana le duele la cabeza?

TON.—¡Ah!... Y ¿por eso lloró?

JUA.—(*Cambiando rápidamente una mirada con Salud.*) ¿Cuándo?

SAL.—¿Quién te ha soltao esa bola?

TON.—Que miró Toñillo. Primo Cándido, mu rabioso y pegando pencas. (*Imitándole.*) “¡Huú!... ¡Huú!” Y la prima Juana... (*Imitando unos sollozos infantiles.*) “¡Aay, aay, aay!” Toñillo sabe mirar...

SAL.—Tú has soñao, infeliz. (*Dándole un corrusco que saca del cajón.*) Anda, anda a comerte ese pan, loco. (*Toñillo, mordiendo el corrusco e imitando los sollozos de Juana, sale por la derecha.*) Claro, estaba en el zaguán y lo pescó todito.

JUA.—(*Indiferente.*) Y ¿qué le hemos de hacer? (*Entra por la derecha Bastián. Es un hombre cenceño, atezado, cejijunto, de palabra algo obscura. Su aspecto es el de un pelantrín que empieza a enriquecerse. Lleva con gallardía un chaquetón de paño pardo y unos pantalones grises de pana. Su sombrero es negro; su faja, azul, y sus botas, de cuero avellanado.*)

BAS.—Güenas tardes mos dé Dios.

SAL.—Hola, Bastián. (*Hay un momento de silencio.*)

BAS.—(*Algo cortado.*) ¿Ni el saludo, Juana?

JUA.—¿Por qué no te voy a saludar?

BAS.—Eso digo yo. Pero como no has contestao...

JUA.—Disimula. Es que tengo jaqueca.

BAS.—Disimula tú entonces. (*Pausa.*) No es que uno sea puntilloso; ahora, que... cuando le reciben a uno así, como con el gatillo levantaos...

JUA.—(*Vivamente.*) Y ¿así te recibo yo?... Esas son figuraciones tuyas.

BAS.—Aunque se haga por finura se agradece la negación. Sino que... como yo me he plantificado aquí decidió a hablar—y tú no sabes lo que me ha costao decidirme—, pos... sean figuraciones o no sean figuraciones, hablaré pa ¡qué caray!... pa formalizar lo nuestro.

JUA.—(*Sorprendida.*) ¿Lo nuestro?

BAS.—Lo nuestro, según se mire. Porque, si entre nosotros, acordao, lo que se llama acordao, no hay ni el filo de una uña, me parece a mí que en la intención... En la mía, naturalmente. Y usted perdona, Salú, que delante de usted pise yo estos terrenos; pero es que usted, pa mí, no es nadie, de pura confianza que tengo en usted.

SAL.—Gracias, Bastián.

BAS.—Me figuro que voy por derecho, y ya que he empuntao la vereas, seguiré anda que anda. ¿No es verdad? (*Después de una pausa, dirigiéndose a Salú, aconsejando por su timidez.*) Yo no sé si esta habrá reparao en mis bromas. Sí; porque criaos juntos, como aquel que dice, y habiendo entre nosotros satisfacción, las bromas pueden resbalar, sin que caiga uno o una en el aquel que llevan dentro. ¿No?

SAL.—(*Perpleja.*) ¡Hombre!...

BAS.—¿No llevo razón? (*Sudando de angustia y con la ingenuidad de un chiquillo.*) Yo no sé si la llevo. Lo que sé es que ahora me gustaría a mí tomar la puerta. Pero me he bebío dos copas pa venir, y he venío pa hablar. Conque pecho al agua. Al soltarle yo a esta, como le vengo soltando más de cuanto ha, que si es un palo con naguas, que si tiene chándigo un ojo, que si le da un susto al miedo y otras pamplinas, de sobra ha debío comprender que esas pamplinas no se dicen así porque sí. El hombre va con su "intrínfuli", y lo que parece un insulto es un requiebro. Y la prueba está en que nadie la llama fea a una mujer como no sea una rosa. De modo que si Juana se ha molestao ha sido porque no me ha adivinao el juego... o porque mi juego no le hace tilín. (*Hay unos instantes de silencio. Las mujeres se interrogan con los ojos. Salud está asombrada, y Juana conmovida y confusa.*) No te hace tilín. (*Con melancolía.*) Pos mira tú si yo soy pampli, que en tó había pensao menos en un desprecio. (*Con amarga resignación.*) Bien, mujer, bien.

JUA.—(*Rehaciéndose de súbito.*) Pero, ¿tú hablas de veras?

BAS.—Pos ¿cómo voy a hablar?

JUA.—(*Irritada.*) Vamos, no digas tonterías. Ni tú te has fijao en mí nunca pa pretenderme, ni te hacía falta. ¿No te conozco yo?... A ti no te da por los "noviajos". Y si te diera y hubieses pensao en mí, con tn genio, ¿no lo habría sabido mi padre antes que yo?

BAS.—Pero...

JUA.—Que no pué ser, Bastián. Que te conozco. A ti se te han subío las dos copas a la cabeza. ¡Cuidao que salir pidiéndome relaciones a los milenta siglos de verme tós los días con la tranquilidad de un santo de palo!... Voy a reirme sin ganas.

BAS.—(*Gravemente.*) Pos si tenía tranquilidad—que no la tenía—, ya la perdí, y si estuviese ciego, ya no estoy ciego.

JUA.—¡Ah! ¿Sí?... Mira, dispensa que me vaya. Estoy muy despeiná pa que encima me tomes tú el pelo. (*Sale por la izquierda.*)

BAS.—(*Abrumado.*) El desaire padre. (*Pausa.*) Vaya, Salú, perdona usted el rato, y coste que si no me explico bien es porque nunca he sido predicador.

SAL.—Pero si te explicas bien.

BAS.—No, Salú.

SAL.—Lo que te pasa es que no entiendes bien. ¿Qué desaire es ese que te han hecho? ¿Dónde está el desaire?

BAS.—¡Salú, por Dios, que sordo no estoy!

SAL.—¡Pero túpí de los sesos en esta ocasión sí lo estás! ¿Qué te ha dicho Juana?... En resumidas cuentas, que no la has mirao hasta ahora.

BAS.—No, no. Y algo más.

SAL.—Sí, algo más. Que no se piden relaciones sin contar con el permiso de la persona que pué darlo. Y no ha dicho más.

BAS.—(Esperanzado.) ¡Toma! Pos sí que... (Amustiándose.) Pero... de tós modos...

SAL.—¿Qué?... ¡Va a osequiarte con el "sí" la muchacha en seguida, como si estuviera muriéndose por lucir un novio?... No, hijo. Tiés que penar, y penarás.

BAS.—(Alegremente.) ¡Ah! De manera que...

SAL.—Tú háblale a mi hermano, y ten paciencia y no te aburras. (Dándole cariñosos golpecitos.) Aquí cuentas, por lo menos, con una amiga que ha de ayudarte.

BAS.—(Muy conmovido.) Salú, no me diga usted nunca que me tire a un pozo, porque me zampo en él de coronilla.

SAL.—(Sonriendo.) ¡Dios me libre!

BAS.—Y al molino me voy pa tratar con su hermano de usted. Conque hasta luego.

SAL.—Hasta que "te se" antoje. (Sale Bastián por la derecha, al mismo tiempo que entra Toñillo.)

TON.—(A Bastián.) Adiós, primo Seco.

BAS.—(Dentro.) Adiós.

(Toñillo, tiritando, se aproxima al hogar. Entran por la izquierda Cándido el Merino y Andrés el de la Borrega. Cándido es un hombre recio, de pelambre gris y facciones abultadas. Viste marsellés y calzón de punto; se cubre con un sombrero negro y calza botas enterizas, de campo. Andrés, racional de escacísima razón es achaparrado, tiene el vello de un gorila, y mira aviesamente. En uno de sus carrillos se ve el hondo surco de una puñalada. Su pantalón y su chaqueta, de paño basto, no están muy pulcros; su sombrero, verdoso y alicado, suda grasa, y su camisa, más se parece al carbón que a la nieve. En la faja, a juzgar por el bulto, debe de esconder una armería.)

AND.—Santas.

SAL.—Venga usted con Dios. (Cándido castañetea brutalmente los dedos para echar a Salud, que sale precipitadamente por la izquierda.)

CAN.—(A Toñillo.) ¿Has traído sarmientos?

TON.—Toñillo no sabe cogé sarmientos.

CAN.—¿Sí?... Pos tampoco vas a saber atracarte en mi casa. El tonto no lo eres tú, sino el que te mantiene el pico. (Andrés, asintiendo a cabezadas, se ríe.)

TON.—(Con la astucia de un animalejo.) Toñillo es inocente.

CAN.—(Amenzándole.) ¡Alza por leña menúa, bribón! (Toñillo sale por la derecha, moviendo la cabezota filosóficamente.)

AND.—(Riendo.) Vaya un tonto con pesqui.

CAN.—Ya, ya. (Pausa.) ¿Quién quedó en el fielato?

AND.—Curro; pero ya mesmo me voy.

CAN.—No. Espera, Andrés.

AND.—Es que como Curro no tiene ni una mala guantá, abusan.

CAN.—Que abusen hoy.

AND.—(Pasmado.) ¿Y eso?

CAN.—Porque te necesito yo.

AND.—Sulte usted por esa boca.

CAN.—(Después de una pausa.) ¿Qué te parece Antolín el Bu?

AND.—(Sorprendido.) ¿El Bu?

CAN.—El Bu.

AND.—Pos Antolín el Bu... me parece, con licencia de usted, lo que me parecía.

CAN.—¿Un cristiano... duro?

AND.—Regular de duro. Un mortá de carne y güeso, como este (El mismo.) y

pué que con peor engayaura que este. Y con la abadesa (*La lengua.*) mú en libertad.

CAN.—Sí que habla de ti malillamente.

AND.—Como que ese individuo, más que ná, es un crítica. ¡Un crítica sin dos deos de lacha!... ¿Y por qué se mete conmigo y por qué no me traga?... Pos se mete conmigo y no me traga porque le hace daño esta frente levanta que llevo yo por el mundo. ¡Naturá! ¿Qué es lo que percura? ¿Que, como los valientes de aquí, le haga yo el “rendibú”? (*Irónico.*) Jé, Jé... ¡“Rendibuses”, teniendo uno agallas pa que lo calen de esta conformidá (*Refiriéndose a la cicatriz.*) y pa darle mulé a los calaores!... Vamos, que a ese Bu le falta algún tornillo.

CAN.—Entonces, tú...

AND.—Yo lo tiro patas arriba, y me fumo un puro sentao encima de él.

CAN.—De manera que si llegara el caso de que pelearais...

AND.—(*Con resolución.*) ¿Le hace a usted falta que llegue?... ¡Haiga franqueza!

CAN.—(*Después de mirarle unos segundos en silencio.*) Quizás. (*Pausa.*) Todavía, no lo sé.

AND.—Pos cuando lo sepa, mande, que a mí no “me se” olvida que me sacó usted de un calabozo.

CAN.—Nunca te lo he recordao, Andrés.

AND.—En jamás de la vida.

CAN.—Y me parece que no te he cobrao el favor.

AND.—Ni yo lo he dicho. Ahora que, sin pagárselo, se lo quiero devolver a usted.

CAN.—No eres desagradecio.

AND.—Eso dígalo usted cuando me apruebe.

CAN.—Pos a probarte voy, que llegó la ocasión. Escucha: yo no le temo al Bu; pero yo, cargao de años, no tengo ya temple pa buscarle camorra a un sujeto que vende poderío. Y, sin embargo, tal vez se la tenga que buscar, porque entre Antolín y yo hay un pleito, y lo hemos de discutir pa quedar amigos o enemigos. ¿Me lo da por ganao, que es lo de justicia?... Entonces, jate cuenta de que Antolín es como yo mismo.

AND.—Y si no lo da por ganao...

CAN.—(*Sombriamente.*) Si no lo da por ganao, no podré yo vivir donde él viva.

AND.—El será el que no puea vivir. Y ¿cuándo va a ser la discusión?

CAN.—Si viene, en seguida. Llégate a su comercio de parte mía, vente con él y aguarda ahí en el corral, pegao a la puerta, pa presentarte en cuanto dé yo una voz.

AND.—En un decir pin.

CAN.—Y fíjate: ¿que no doy la voz y lo despido güenamente? Lo dejas ir, que es sagrao. ¿Que lo despido por las malas?

AND.—Me voy con él. (*Entra por la izquierda Leonor la Pachona muy repeinada; pero con un vestido lleno de arambeles y un delantal cochambroso.*)

LEO.—¿Enciendo?

CAN.—Enciende. (*A Andrés.*) Aquí aguardo.

AND.—Pos a pitar como una bala. (*Sale por la derecha. La criada enciende la luz del farol. Toñillo entra por la derecha, con un haz de leña menuda, y Cándido sale por la izquierda.*)

TOÑ.—(*Melancólico.*) Aquí está la leña. (*La pone junto al hogar.*)

LEO.—(*Burlona.*) ¿Qué te pasa? ¿Qué tiene mi niño precioso?

TOÑ.—(*Sulfurado.*) ¿Precioso?... ¡Verás si llamo al primo, so adelantá!... ¡Habrás visto lo jarambelera! (*Entran por la derecha Bastián y Blas. Este conserva todo el cabello y anda con relativa gallardía. Viste de paño burdo, arrebuja en una manta y trae llenas de barro las botas, el pantalón y los sahones.*)

BAS.—¿Qué es eso, Toñillo? ¿No te han enseñao que con las mujeres no se riñe?... (*A Leonor.*) Dios te guarde.

LEO.—Y a ustedes. (*A Blas.*) ¿Y la cuadrilla?

BLAS.—Ahí atrás. Es que yo me he adelantao pa no mojarme.

BAS.—¿Vino el amo, Leonor?

LEO.—Dentro anda.

BAS.—(*Ofreciéndole la petaca.*) Fume usté, tío Blas.

BLAS.—Si me lías un pito. Porque este ruma, que me ha esmoronao los deos, me tiene lo que se llama enválido.

BAS.—Lo que a usté se le antoje. (*Bastían y Blas siéntanse en el poyete, junto al fuego. Bastían hace un cigarrillo.*)

BLAS.—Y... ¿qué viento te trae por aquí?

BAS.—Un viento solano que pué ser lo mejor de lo mejor, y pué ser lo peor de lo peor.

BLAS.—¿Pues?

BAS.—Con decirle a usté que vengo a pedir permiso pa plantar mi horca...

BLAS.—Sí que te trae un viento regularcete. Y... ¿cómo es la gracia de tu horca?... ¿Juana? (*Bastían se ríe y le da al viejo un cigarrillo.*)

BAS.—Encienda usté y fume. (*Entra por la derecha Tía Cárcava. Es una vieja alta y gorda que habla dulzarronamente y que mira con hipocresía. Trae un pañuelo negro a la cabeza, un faldá rota y un mantón raído. Al entrar, cierra un enorme paraguas encarnado.*)

CAR.—Bendito y alabao sea el Señor.

BLAS.—Por siempre. (*Tañillo colócase junto a la puerta del corral.*)

BAS.—Parece que va usté a pedir una limosna, tía Cárcava.

CAR.—No creas que haría nada de más, hijo.

BLAS.—¿Sigue lloviendo?

CAR.—Chispeandillo. Pa meterse la noche en agua. Hija, Leonor, me voy a acurrucar en una silla, porque estos confiscaos poyetes son de bronce. (*Suspirando al sentarse.*) ¡Ay, qué vida! ¡Válgame el que tó lo premia! (*Pausa.*) ¿Y tú, Bastían?... ¿A recrearte los ojos?

BAS.—(*Con acritud.*) ¿Mirándola a usté?

CAR.—¡Josús, hijo, que con razón te dicen el Seco!

BAS.—(*Desdeñoso.*) Y a mucha honra.

CAR.—(*Con amabilidad.*) Pero ¡cuidao que seis pillos los hombres!... Tos lleváis debajo e tierra más que encima. De modo que ¿no caes en mi intención? De modo que ¿no estás muertecito por quien yo me sé?

BAS.—(*Aspero.*) Tía Cárcava, en ciertos fregaos no se meta usté hasta que no la llamen. Bastante gente la llama a usté en el pueblo.

CAR.—(*Fingiéndose dolida.*) ¿A mí?... ¡El Santísimo y Dulcísimo Nombre, que si no lo oyera no lo creyera!... ¿Quién me llama a mí, y pa qué?

BAS.—Agüela... ¡a otra canción!

CAR.—(*Lagrimando.*) Es que eso de tirarle a una al degüello, cuando una es la mesma infelicidá, duele. No es una de palo.

BAS.—Lo creo.

TON.—(*Saltando de alegría.*) Ya están ahí las cogeoras. Vamos al molino, Leonor. (*Sale por la derecha con la criada.*)

BLAS.—Le avisaremos al amo. (*Va a salir por la puertecilla de la izquierda, cuando entra por ella el Merino. Trae una esportilla colgada de cuartos.*)

CAN.—Hola. Güenas noches, Bastían.

BAS.—Güenas noches, Cándido. ¿Tiene usté cinco minutos libres, que le quiero hablar?

CAN.—¿Te corre prisa?

BAS.—Tanto como correrme prisa... Pero, vaya, quisiera...

CAN.—Pásate luego por aquí.

BAS.—Se agradece, Cándido.

CAN.—Hasta luego. (*Sale Bastían por la derecha.*) ¿Ha falao alguién, Blas?

BLAS.—Naide. (*Entra Leonor por la derecha.*)

CAN.—¿Se acarreo toa la aceituna?

BLAS.—Entera y plena.

CAN.—(Dándole la esportilla.) Pos anda tú a pagar los jornales, que yo no estoy mu católico.

CAR.—Y diga usted: ¿me podría yo llevar el de mi nieta, sin que me esquiten ná de lo que debo?... Porque hoy es pa mí un día...

CAN.—(Interrumpiéndola.) Por última vez. (Con un gesto autoritario.) No, no hable más. (Salen Tía Arcaya y Blas por la derecha.)

LEO.—(Deseosa de irse al molino.) ¿Hago falta?

CAN.—Haces falta. (Llamando desde la puerta de la izquierda.) ¡Juana!... ¡Salú!... (A Leonor.) Vete adentro y siéntate junto al portón por si alguien llama. (Sale por la izquierda Leonor, y Cándido, segundos después, torna a llamar, impaciente e iracundo.) ¡Salú!... ¡Juana!... ¿Es que no vais a venir?... ¡Vivo!... (Entran por la izquierda Juana y Salud.) ¿Qué hacíais? ¿Estáis sordas?...

SAL.—(Azorada.) Pero si es que...

CAN.—¡Qué!... ¡Llamo yo, y se viene de golpe, como centellas! (Fijándose en que Salud trae otra blusa y los cabellos rizados.) ¡Ah, ya!... Te estabas poniendo bonita. (Se rie sarcásticamente, y luego, furioso, la coge por un brazo y la zamarrea.) ¡Vieja verde, visión; que has nacio con un cascabén en el cráneo y te vas a morir con el cascabé, si no te lo saco yo a gófetones!

SAL.—(Zafándose de un tirón y gimoteando.) Parece mentira que trates así a una hermana... ¡Esa es la ley que me tienes!

CAN.—¡Si te debía desollar!... ¡Si es tuya la culpa de tó!... ¿Cómo has mirao por mi hija? (Salud llora puerilmente; Juana, contagiada, rompe en sollozos también, y esto irrita al padre, que se arroja sobre ella.)

JUA.—(Huyendo, con más cólera que terror.) ¡No!... ¡Basta ya!... ¿No me ha pegao ya bastante?

CAN.—¿Bastante, y no te he sacao el pellejo a túrdigas?... Ven acá, correntona. ¿Para esto te he criaó yo?... ¿Por qué no te echaste un novio, como las mujeres de bien, si estabas cansá de soltería? (Avanzando hacia ella amenazador.) ¿Por qué, poca lacha?

JUA.—(Retrocediendo.) ¡No, padre!... ¡No, por Dios!

CAN.—(Conteniéndose.) Por no ir a un presidio, no te mato. (Déjase caer en una silla, junto a la mesa. Las mujeres se abrazan. Quedan los tres en silencio.) ¡Si es increíble!... Una mujer que ya ha granao, con toa su reflexión, hija única, acaudalá... ¡y se echa a los peligros como una muerta de hambre!... (Dando una palmada en la mesa.) No me creía yo que eras tan bestia. (Pausa.) Pos ¡y el don Juan Tenorio?... Un gallo viejo que hubiera podía ser tu padre y que nadie sabe quién es, ni de dónde ha salío, ni qué ha hecho... (Riendo amargamente.) Jé, jé... ¿Cómo "te se" ha tupío tanto la cabeza?... ¿Con qué has pensao tú, pimpollo?... (Pausa.) Acércate. (Juana titubea.) ¿Quiés que vaya por tí? (Levántase amenazador, y Juana, a quien empuja Salud, avanza rápidamente.) ¡Me vas a responder sin embustes? (Juana asiente moviendo la cabeza.) Con la boca, que no eres muda.

JUA.—(Con humildad.) Sí.

CAN.—(Despreciativo.) Hipócrita.

JUA.—(Enrojeciéndose.) Si lo fuera, me habría callao, en vez de contárselo a usted tó.

CAN.—¿Acaso no me lo has contaó porque, callándote, ná ibas a conseguir? Pero dejemos esto ahora y contéstame. ¿Cuánto tiempo hace que no ves a Antolín?

JUA.—(Vergonzosa.) Dos días. Fué pa decirle, por última vez, que le hablara.

CAN.—Y se negó.

JUA.—(Con amargura, vergüenza y cólera.) Se negó.

CAN.—Y relacionao con el matrimonio, ¿qué te ha dicho ese hombre?... La verdá, sin quitarle ni añadirle lo más mínimo.

JUA.—Pos... de eso...

CAN.—(Con violencia.) ¡La verdá!

JUA.—(Rompiendo a llorar desconsoladamente.) ¡Soy mu mala y mu bes-

tía!... ¡Tíe usted razón!... ¡Debía usted matarme!... ¡Ni descuartizá pago lo que he hecho!

CAN.—¡No, no, sin lágrimas!... ¡Contesta a lo que te he preguntao, que si ta escuartizo o no te escuartizo es cuenta mía!... Tocante al matrimonio, ¿ha dicho algo?

JUA.—(*Procurando serenarse.*) Decir, claro que ha dicho. Promesas, las tengo; que mil vecese me dió su palabra de cumplir conmigo, y me juró que me quería, y que me quería, y que me quería... Pero, pa probarme su cariño, lo único que se le ocurre es pedirme que me vaya con él, escapá... (*Llorando otra vez.*) ¡Como si una fuera un guifiapo!... ¡Mire usted qué intenciones de hombre!

CAN.—(*Con temblores de ira en la voz.*) De modo que por lo de casarse no entra.

JUA.—Y sin una explicación. Que no puede. ¡Y no hay quien le saque de que no puede! (*Entra Andrés por la derecha.*)

CAN.—Eso es lo que hemos de ver. (*Al de la Borrega.*) ¿Qué hay?

AND.—Que ahí viene... y que yo me largo.

CAN.—Bien. (*Sale Andrés por donde entró.*) El que viene es Antolín. (*Juana hace un movimiento instintivo de huida.*) ¡Chss!... Quieta. Viene Antolín y va a declarar si quiere ser mi yerno o no. Y tú no te moverás de ese sitio.

JUA.—(*Con energía, después de un momento de perplejidad.*) Tal vez sea mejor. No me moveré.

CAN.—(*Al ver a Antolín.*) Silencio. (*Llega por la derecha Antolín Pastrana el Bu. Es un varón de simpático y firme continente. Tiene los ojos de soñador, la boca grande y voluptuosa, pronunciada la mandíbula y audaz y serena la frente. Su pantalón, su marsellés, su capa y sus botas son de buena hechura, y en su sombrero no hay mugre.*)

ANT.—(*Desde la puerta.*) ¿Da usted su permiso?

CAN.—Pase usted. (*Entra Antolín. Al ver a Juana no puede reprimir un gesto de contrariedad; pero lo borra en seguida.*)

ANT.—(*A Juana y Salud.*) Buenas noches. (*Las mujeres no contestan, y Antolín, después de mirarlas fijamente unos segundos, apaga una linterna que trae, la pone, con la capa y el sombrero, en el poyete e interroga con el gesto a Cándido, sin perder la serenidad.*)

CAN.—(*Poniéndole sordina a su cólera.*) Yo me figuro que usted se figurará pa lo que le he llamao, porque usted no tiene pelo de torpe.

ANT.—Me lo figuro.

CAN.—Pos al grano. Usted ha abusao de mi hija. Y lo único que necesito yo preguntarle es esto: “¿Qué piensa usted hacer?” (*Antolín se inmota y Juana le mira anhelante. Callan todos un momento.*) No, la callada por “repuesta” no “me se” da a mí.

ANT.—Oiga usted, Cándido: si me creyera yo que, por mi culpa, iba Juana a ser desgraciá pa siempre, me saltaba los sesos.

CAN.—(*Con impaciencia.*) ¡No no! ¡Al asunto! Mire usted, Antolín: esas son salías de copla, y yo no hé hechó mi pregunta pa que tire usted por ahí escurriéndose. Estoy en que usted es un hombre cuajao, como yo, y entre hombres cuajaos, lo que pega es la formalidá.

ANT.—Y lo que yo he dicho, ¿no es formal?

CAN.—Pa mí es una monserga. Pa mí lo formal ha de ser claro. Conque claréese usted. Yo no le he llamao por gusto. No sé quien es usted, ni conozco su vida de usted, ni su historia...

ANT.—En mi vida no hay ná que no sea tan limpio como la luz.

CAN.—Pero eso a mí no me costa, y por consiguiente, no “me se” hubiera ocurrido escogerle pa yerno. Ahora, que como usted ha engañao a Juana...

ANT.—(*Con energía, pero sin excitarse.*) Engañarla, no. La quería, y la quiero, y la querré.

CAN.—Entonces, ¿cómo se ha negao usted a lo natural?... ¡O es que Juana no entiende lo que escucha!

JUA.—¿Has cumplido tu palabra?

ANT.—La cumpliré.

JUA.—(Con la voz alterada y brillantes los ojos.) ¿Cuándo?... ¿A qué aguardas?... ¿Es que todavía no has comprendido que para evitar el daño nos tenemos que casar ahora?... ¿No, te has enterado, de verdad?

ANT.—Pero si te juro...

JUA.—(Interrumpiéndole, espoleada por la ira.) ¡No! ¡Ahora, ahora!

ANT.—(Abrumado.) ¡Pero si ahora es imposible!... Ten paciencia, por caridad.

JUA.—(Sarcásticamente.) ¡Caridad!... Cualquiera pensaría que soy yo la que lo ha deshonrado. ¡Y paciencia!... ¿No lo oyen ustedes?... ¡Que tenga paciencia, porque al buen hombre se le antoja no pagar lo que se llevó!

CAN.—(Sombriamente.) Pos ahí va una declaración: que pa que un nieto mío entre en el mundo sin padre, es menester que nazca ya huérfano.

ANT.—¿Por qué me amenaza usted, Merino?

JUA.—(Exaltadísima.) ¡Porque hay que amenazar!... ¡Porque ya es mucha la burla pa aguantarse!

CAN.—(Agresivo.) Como que aquí lo que hemos averiguado es que se niega usted a cumplir, que no quiere usted cumplir... Por lo visto, usted, que es un valentón, se cree que los valentones pueden reírse de la dignidad, y de la decencia... y del amor propio y de la honra...

ANT.—(Muy pálido.) Calma, por Dios. No siga usted, Merino.

CAN.—(Con violencia.) Lo cree usted... ¡pero está equivocado!

ANT.—(Suplicante.) Yo no creo ná. Cállese usted, Merino.

CAN.—(Insolente, pero con algún recelo.) ¿Me va usted a degollar si no me callo?

ANT.—(Conteniéndose.) Yo no degüello a nadie, ni comprometo a nadie. ni riño más que cuando me buscan. Y tenga usted miramientos y no sea, a sus años, el comprometedor, ni abuse usted de mí, ya que en este juego lleva usted las cartas de ganar. (Después de una pausa en un arranque de sinceridad.) ¿Usted sabe cómo he venido yo a su casa?... Con las orejas coloradas de vergüenza. Y ¿sabe usted cómo he entrado?... Pues con el susto y la cortedá del que comprende que su trigo no es limpio. Y dicho esto, ¿qué voy a añadir? ¡Añado que le sobra a usted razón hasta pa matarme!

CAN.—(Amenazador.) ¡No está eso mal!

ANT.—(Con firmeza.) Pa matarme, porque rondé a Juana a espaldas de usted.

CAN.—(Con asombro y cólera.) ¡Y lo dice!

ANT.—¡Pa matarme, porque la enamoré a escondidas de todo el mundo, metiéndome en su casa con la suavidad del viento, lo mismo que un ladrón!

JUA.—(Temblando de ira.) ¡Como un ladrón!

ANT.—¡Pa matarme, porque no supe respetarla, porque fui una bestia dañina!...

CAN.—(Interrumpiéndole a gritos, excitado por la angustia de Juana, que rompe en sollozos.) ¡Cierto, cierto!...

ANT.—(Gritando también, pero con una emoción que le enronquece.) ¡Sino que yo hice el daño sin pensar en él, ciego, furioso!... ¡Y lo hubiera hecho pagándolo con la vida!

JUA.—¡Falso!... ¡No es verdad!

CAN.—¿Por qué no paga usted ahora, pidiéndole, como le pedimos, algo menos?

ANT.—Pero, ¿No lo ha adivinado usted?... Queriendo a Juana como la quiero, ¿la iba a despreciar porque es guapa y rica? ¿Soy yo tan negao?

JUA.—Pos si no eres negao, ¿qué eres tú?... ¡Habla, explícate de una vez!... ¡Déjate ya de malditas mentiras!... ¿A qué esperas?

ANT.—¡A poder casarme!... ¿No me comprendes?

JUA.—(Vacilante.) ¡Ah!... Entonces, tú... ¿estás?...

ANT.—(Confundido y avergonzado.) Sí. (Hay un silencio de aombro. Juana palidece hasta la lividez y da un grito.)

JUA.—De manera... que tú... (De pronto se desploma, sollozando. Salud, llorando también, intenta levantarla. Antolín baja la cabeza, abrumado.)

SAL.—Juana...

JUA.—(Mesándose los cabellos.) ¡Perdía!... ¡Perdía!... ¡Perdía!... ¡Tirá!... ¡Como un harapo!...

CAN.—(A Antolín.) ¡Márchese usted!

JUA.—(Incorporándose vivamente.) Pero, ¿le dejas ir, padre?... ¿No le has oído?... ¿Estás muerto?... ¿No tienes sangre en las venas?... Has oído que está casao... ¡y no le ahogas!... ¡Y va a reírse de mí!... ¡Ah, no! (Se arroja sobre Antolín y éste recházala con dulzura.)

SAL.—(Amedrentada.) ¡Ay, Virgen mía!

CAN.—(Tirando de su hija.) ¡Juana!... (Andrés entra por la derecha.)

JUA.—(Fuera de sí.) ¡Ayúdame, padre!... ¡Cógelo, Andrés! ¡Mátalo!... (Antolín vuelve la cabeza y, al ver a Andrés, retrocede vivamente.)

ANT.—(En actitud defensiva.) ¡Hola!

JUA.—(Intentando coger el retaco.) ¡Déjeme usted, padre! (Salud, gimiendo de terror, huye por la izquierda, mientras Cándido inmoviliza a Juana.)

CAN.—(Sacudiéndola.) ¿Estás loca?

JUA.—(Forcejeando.) ¡Déjeme!... ¡Suélteme usted!...

CAN.—(Sacándola a empellones por la izquierda.) ¡Qué te he de soltar!... ¡Adentro!

JUA.—(Desde el patio, gritando cada vez más lejos.) ¡No, no!... ¡Suélteme!... ¡Mátalo, Andrés!... ¡Mátalo, mátalo!...

AND.—(Después de una pausa.) Algunas veces le tié uno que faltar a la educación... Porque, ¡piden unas cosas las hembras!... (Antolín clava los ojos en Andrés, y el matón, que afecta no mirarle, se pone a silbar. Entonces Antolín enciende un cigarro puro en el fuego, sin darle las espaldas al de la Borrega y déjase caer en una silla.)

ANT.—(Con mucha frialdad.) Ya me imaginaba yo que no se había usted ido.

AND.—(Con sorna.) Como usted sabe lo que disfrutó mirando a los hombres de agallas...

ANT.—Eso ¿qué decir que yo no tengo agallas?

AND.—Pos ¿no le llaman a usted el Bu?

ANT.—Es verdá. Se agradece, amigo.

AND.—Si esta (La lengua.) se amaestró con tós los Evangelios... ¿No ve usted que yo no soy un "crítica"?

ANT.—(Muy tranquilo.) Desde luego.

AND.—(Socarrón.) Ni soy un crítica ni tiro un farol; pero antes que hacerle unos "rendibuses" a ningún nació... (Se pasa el índice por la garganta, indicando que se degollaría.)

ANT.—(Gravemente.) Se afeitaba usted. Eso no está mal.

AND.—(Con una sonrisa aviesa.) Escuche usted, compañerito...

ANT.—(Al ver a Cándido, que entra por la izquierda.) Otro día, Andrés. (A Cándido.) Dos palabras. (Señalándole la puerta al matón.) Las dos palabras no son pa usted.

CAN.—(A Andrés, que le interroga con el gesto.) Vete. (Sale por la derecha.)

ANT.—A mi mujer, que estaba en Barcelona—y digo que estaba fiándome de un pariente que me lo advirtió—, porque yo no la veo hace media vida—; a mi mujer la han rastreao ahora unos amigos, y, según esos amigos, pronto hará seis años que levantó el vuelo pa la Argentina.

CAN.—Pero es que a mí...

ANT.—A usted, si mi mujer no le importa, le importa que yo vaya a buscarla. Y a buscarla voy. ¿Se ha muerto? Arreglao tó. ¿No se ha muerto?—y pué que no se haya muerto, porque hace falta que se muera—. Pos si no se ha muerto, me traigo su fe de defunción por unos duros, y en paz y jugando. ¿Vale?

CAN.—(Con frialdad.) No vale.

ANT.—(Desconcertado.) ¿No me pongo en razón?

CAN.—¿Exponiéndose a ir a presidio?

ANT.—Algo he de jugarle por Juana.

CAN.—Mejor es que no se juegue usted ná. (Alzando la voz.) Y ahora, yo, en su pellejo de usted, me iría a mi casa. (Llamando.) Andrés.

ANT.—(Después de mirar a Cándido y a Andrés, que entra por la derecha.) Ya... comprendido. (Con mucha tranquilidad, y sin perder de vista al matón, enciende la linterna, y se pone el sombrero y la capa.) Vaya, hasta que quiera usted. (Va a salir; pero detiénese junto a la puerta al ver que le sigue el grupo.)

AND.—(Sonriendo.) Alante.

ANT.—¿Sale usted también?

AND.—Con usted.

ANT.—Usted se ha equivocado.

AND.—El que se equivocó fué usted antes.

ANT.—Y... ¿me lo quiere usted demostrar?

AND.—Hombre, como querer, yo lo que quiero en este "inte" es defenderme de la oscuridad con su linterna. Conque vamos allá, compañerito. (Con socarronería.) Digo, si no le da "jinda" de este infeliz.

ANT.—Ni usted me asusta a mí, ni yo he estao en presidio pa que me llame compañero.

AND.—(Fingiendo un gran asombro.) ¿Ni siquiera ha estado usted en presidio?... (Desdeñoso.) Pero, entonces, ¿de qué presume usted?

ANT.—(Burlándose con mucha seriedad.) De adivino.

AND.—(Riéndose.) ¡Carambo!

ANT.—De adivino, sí, señor. Y presumo de adivino, porque esta linterna que llevo es una linternita mágica que tó lo trasparentea con su luz.

AND.—¡Carambo!

ANT.—Y, como tó lo trasparentea, le estoy viendo ahora mismo las intenciones... y lo otro.

AND.—¡Carambo con la linternita!

ANT.—(Imperativamente.) ¡Tira eso!

AND.—(Riéndose, pero mostrando las manos en un movimiento instintivo.) ¿Qué voy a tirar?

ANT.—(Sacando de súbito un revólver, que le corta la risa al matón.) ¡Fuera el cuchillo!

AND.—Pero es que yo...

CAN.—(Alarmado.) ¿Qué va usted a hacer?

ANT.—(Avanzando hacia Andrés y apuntándole.) ¡Suelta el cuchillo!

AND.—(Dejando caer un cuchillo que se había empalmado.) Me acertó el juego. ¡Paso!

ANT.—(A Cándido con frialdad.) No se fie usted de cobardes. Es tirar el dinero. (Sale con mucho reposo por la derecha.)

BAS.—(Dentro.) Güenas, Antolín. (Al oírle, coge Andrés rápidamente su cuchillo y se lo guarda.)

ANT.—(Dentro.) Buenas, Bastián.

AND.—(Corriendo hacia la puerta del patio.) ¡No, de rositas no se escapa! (Sale como un rehilete por la izquierda. En seguida, entra por la derecha Bastián.)

BAS.—¿Llego a güena hora?

CAN.—(Haciendo un esfuerzo heroico para contener sus nervios y replicar serenamente.) Tú siempre llegas a güena hora; pero, la verdá, esta noche me pillas de un temple malejo.

BAS.—Dejaremos la conversación pa otro rato, si es así. Por más que lo que yo quería pedirle, aunque es una de las cosas de más solemnidad que pué pedir una criatura, se pide en un vuelo.

CAN.—(Sin comprender la intención de Bastián.) En ese caso...

BAS.—(Con alguna timidez.) Usted sabe quién soy yo y que, diciendo lo que

se suele decir, no tengo padre, ni madre. Mi hermanastro, por junto, y también sabe usted que mi hermanastro no ha nacido aquí, ni se ha criado aquí, ni viene por aquí hace una eternidad. De manera que estoy más solo que la una, y esa es ya la ventaja macho. ¿No?

CAN.—(*Procurando ocultar su impaciencia.*) Sigue y explícate, porque hasta ahora...

BAS.—Es que miento a mi hermanastro pa que coste que estoy solo y que lo mío es mío. Toa su hijuela, que no valía mucho, se la merqué en buen dinero, como si no fuese santo, y hoy por hoy, aunque no sea yo un hombre de los posibles de usted, le saco a mi manejillo pa la hogaza y pa ahorrar.

CAN.—(*Después de una pausa.*) Y yo me alegro, Bastián; pero todavía no te he calao las intenciones. ¿A qué viene esa relación? Sin ella puedes disponer a tu gusto de mis intereses y de mi persona.

BAS.—(*Avergonzado.*) ¡Quite usted, Cándido!

CAN.—Pos si no apuntas por ahí...

BAS.—Gracias a Dios ando sobrao de metales y apunto a cosa de más valía.

CAN.—(*Recogiéndose con vehemencia la insinuación.*) ¿Te refieres a Juana?

BAS.—A su hija me refiero.

CAN.—Luego, entonces, entre ella y tú...

BAS.—Tranquilícese usted, que no hay ná. Hay que yo la quiero casi desde que nació; pero, hasta hace un rato, no he dicho sobre el particular ni siquiera esta boca es mía.

CAN.—Y Juana...

BAS.—Juana contestó como "esige" la soltería que se conteste: haciéndose la enfadada y diciendo que no podía ser.

CAN.—(*Sombriamente.*) Dijo la verdad.

BAS.—(*Después de una pausa. Balbuceando.*) Vaya... Esto significa que usted no es gustoso... Dispense usted.

CAN.—(*Con ardor.*) ¡No, no, no!... Eso significa que no puedo ser, que no os podéis casar. ¿Te enteras?... A ti te llamaría yo hijo con más gusto que a nadie, porque vienes de una casta igual o mejor que la mía, porque eres honrao, porque has crecido a mi vera... ¡Pero no puedo ser!

BAS.—Y ¿por qué no? (*Animándose.*) Su cara no es cara de estar dando una broma; pero eso de que no se pueda casar una mocita que tiene salud, que es libre como un pájaro...

CAN.—(*Interrumpiéndole con apasionado calor.*) Y tú, ¿qué sabes? ¡Libre, libre, libre!... ¡Libre pa meterse en un convento!... ¡O pa pegarse un tiro!

BAS.—(*Con estupor.*) ¿Juana?

CAN.—¡Sí, Juana, Juana!... ¡Y ajolá se lo hubiera pegao!

BAS.—(*Con el presentimiento del que va a oír algo horrible.*) ¡No, siga usted!... ¡Es su sangre!

CAN.—(*Con una emoción que acaba por fundirse en sollozos.*) Sí, es mi sangre, la hija de mi sangre y de mi alma, mi única hija... Pero... ¡me la han perdido, Bastián!

BAS.—(*Lívido de angustia.*) ¡No, no, Cándido!... ¡No puedo ser!... ¡Juana es lo más honrao del mundo!

CAN.—(*Entre sollozos.*) Y, sin embargo... ¡me la han perdido!

BAS.—¡Pero si esto es de pesailla, si esto es increíble!... (*Leonor entra por la izquierda con un velón encendido y lo pone en la mesa, la cual cubre en seguida con un mantel.*)

LEO.—¿Aviso?

CAN.—(*Con sombría indiferencia.*) Avisa. (*Sale por la izquierda Leonor y retorna inmediatamente con Juana y Salud. Bastián y Juana miranse unos segundos, dolorido y altanero el hombre y ruborosa la mujer.*)

BAS.—(*Con desesperada vehemencia.*) ¡Más le valiera haberse muerto! (*Juana, al oírle se abraza a Salud, y, sollozando con angustia, hunde el rostro en su pecho.*)

ACTO SEGUNDO

En el huerto de Cándido el Merino. A la izquierda, una casita muy blanca, con el tejado lleno de verdín, y la puerta y dos ventanucos, encarnados. Una parra dejando el soladillo de los ardores del sol de Agosto. A la derecha hay unos laureles jovencillos, y al fondo un grupo de almendros. Delante de la casita se ve una plazoleta, atravesada por un camino que va desde el último término de la izquierda al primero de la derecha. Bajo la parra hay algunos escabeles de corcho.

(Juana, a la izquierda, frente al camino, inclínase en actitud de escuchar. Viste un trajecillo claro de batista y tiene en la negrura de los cabellos un clavel encendido como una brasa.)

JUA.—¿A que no contesta? *(Llamando.)* ¡Bastían!... ¡Bastían!... *(Después de escuchar unos instantes.)* ¿Dónde se habrá metió? *(Bastían aparece muy risueño por la derecha con un traje gris de americana algo rústico, una camisa fina, unas botas casi señoriles y un sombrero alicorto, y avanza de puntillas. Juana vuelve a llamar.)* ¡Bastían!... ¡Seco del tó!... ¡Chincho!...

BAS.—*(Riéndose.)* ¡Gracias, mujer! *(Juana vuélvese, dando un grito de sorpresa.)*

JUA.—*(Alegremente.)* Pero, ¿cómo te has vestió, demonio de los profundos?... ¡Digo, y yo que me pensaba que tendrías el azadón empuñado!...

BAS.—Si estaba ya en la alcoba cuando saliste con Leonor.

JUA.—*(Risueña.)* ¡Mire usted qué gracia, hombre! *(Lanzándose sobre él.)* Pos me las vas a pagar.

BAS.—*(Conteniéndola.)* Pellizcos de monja, no. No seas borrica, Juana.

JUA.—*(Cogiéndole por un brazo.)* Te perdono por lo guapo que estás.

BAS.—*(Con una indignación que no ha pensado en sentir.)* ¿Ya empiezas?

JUA.—*(Intentado abrazarle.)* Y ¿no eres mi marido de mi alma?

BAS.—*(Con socarronería, después de rechazarla amorosamente.)* Sí; pero estas cosas no pegan más que bajo techao. Retírate, retírate, y no me saques de quicio.

JUA.—Pos anda pa allá un poquito, a ver cómo te cae ese terno.

BAS.—*(Protestando.)* ¡Juana!...

JUA.—¡Si estás pa chillarte! *(Se ríe.)*

BAS.—Juana de mis culpas, que me tienes siempre abochornao.

JUA.—¿Sí, mal bicho?... De otras cosas debía darte bochorno.

BAS.—¡Andaa!... La segunda canción. El trabajo.

JUA.—Una canción que te cantaré hasta que se me caiga la campanilla. ¡Es regular lo que haces?... En ocho meses que llevamos de casao has conseguido ganar el dinero a espuestas, has metió en cintura a la gente, has puesto orden en tó... Aquí no se roba, aquí se labra como no se ha labrao nunca, aquí salen los negocios igual que si tuvieras tú una varita de virtudes... "Varita de virtudes, que haya aceitunas." Y se esgajan los olivos del cosechón. "Varita de Virtudes, que suba la cebá." Y sube la cebá de tal manera, que ca grano se paga como un "rubie".

BAS.—Y eso ¿es malo, mujer?

JUA.—Eso, no. Pero es malísimo y perrísimo lo de que te des más trabajeras que un muerto de hambre. ¿Es natural que un domingo te cojas al azadón? ¡Y hoy!... Hoy que viene aquí un santo, y hermano tuyo ná menos.

BAS.—No viene aquí; pasa por aquí, que no es lo mismo.

JUA.—Pero es tu hermano, y santo.

BAS.—No, si no es que me queje. Y la prueba es que salgo a esperar a Luis... Pero ya ni de su nombre se acuerda. Es el Pobrecito de Dios, y ná más que el Pobrecito de Dios. Y tan hermano mío como de toas las criaturas. Poco hermano mío entonces, diría yo, si no fuera por su santidá.

JUA.—*(Risueña, pero conmovida.)* Santidá, la tuya. Tú sí que eres santo, sin usar melenas ni correr por los caminos.

BAS.—*(Sinceramente disgustado.)* ¡La tercera canción!

JUA.—¿Qué sería yo sin tí?... ¿Qué sería mi hijo sin tí?

BAS.—¿Quieres que me vaya?... (*Con energía.*) No sé cómo te voy a pedir o a mandar que no hables de aquello, ni cómo voy a conseguir que digas “nuestro hijo”, y no “mi hijo”.

JUA.—Y yo no sé encontrar un modo de pagarte.

BAS.—(*Casi avergonzado.*) Juana...

JUA.—Pero si se paga con cariño sólo, ¡ay, Bastián, cómo te pago yo!... ¡No, no te enfades! Si te enfadas, no te cuento un sueño que te voy a contar.

BAS.—Es que si el sueño es de elogio pa mí, no quiero oírlo.

JUA.—(*Risueña.*) ¡Ca, tonto!... Si quedas en él rematadamente... Verás. Ayer, confesándome, se puso el cura enfadadísimo conmigo, y me soltó que estamos las mujeres en pecado mortal, porque tenemos en el corazón tanto amor humano—fueron sus palabras—que no nos cabe más que una chispa de amor divino. Pos señor, que me acuesto reinando en lo que oí, que me duermo pensando en esa preocupación, y que empecé a soñar con diablos coloraos, y con las parriñas de Lucifer y las calderas de Pedro Botero. No te rías. Y cuando estaba más asustá, pun, desaparecen los diablos y me veo en mi dormitorio, durmiendo la siesta—yo, que no la duermo nunca—, pegaita a un ángel tó celeste. En seguida me puse a rezar la oración, en latín; pero el ángel, riéndose, tira de un cuchillo como los que gasta Andrés, y, de pronto, me abre el pecho en canal y me dice: “No te muevas, hija, que te voy a sacar el corazón pa limpiártelo de amor humano y pa que así no se enfade el cura. Y tris, tras, raspa por aquí, corta por allí, me lo dejó, de grande que era como una naranja de las grandes, más chiquitillo que un ciruela de las chicas, y saltó, mu satisfecho: “Ea, ya no hay roña en este corazón; ya es de nosotros.” Y tan convencido, va y lo suelta, pa rellenarme con las raspuras el boquete del pecho y poderlo colocar, cuando de golpe, hijo de mi vida, le brotan dos alas azules al corazón, pega una arrancá y allá va, tan serenito como un jilguero, vuela que vuela, vuela que vuela, por encima del patio, y se remonta pa enterarse de tó, y se deja caer en este huerto lo mismo que un rehilete, y se posa el muy pajolerísimo en la mano de un labrador que tenía la nariz como esta nariz refeá y los ojos como estos ojos de charrán.

BAS.—(*Conmovido.*) ¡Chiquilla!...

JUA.—Conque ya ves si te quiero, que hasta después de haberme raspao un angelito el corazón, sigo, por tu culpa, en pecao mortal. (*Entra Cándido por la derecha. Viste un traje oscuro.*)

CAN.—¿Qué hacemos?

BAS.—Lo que usted mande. (*A Juana.*) Quédate tú, que en la carretera hay un polvo que afisa.

CAN.—Ale, que el Pobrecito estará al caer. (*Entra la tía Cárcava por la derecha. Tapa sus carnes con unos guñapos de color indefinible; lleva sobre los hombros un mantón ligero y a la cabeza un pañuelo escarlata.*)

JUA.—(*A Bastián y Cándido, que salen por la izquierda.*) Hasta luego.

CAR.—(*Aduladora.*) Tú no quies mascar polvo; tú dices que el polvo y el sol pa las cigarras. Haces bien, hija mía.

JUA.—Bien, no; pero siento una cortedá...

CAR.—Pos si debías hallarte hinchaita de orgullo... ¡Digo!... ¡No es ná tener en la parentela un santo del calibre del Pobrecito de Dios!

JUA.—Pero si no le conocemos... Bastián le vió la última vez a la muerte de su padre. Entonces, el Pobrecito de Dios no era todavía el Pobrecito. Le llamaban Luis el Loco, y dice Bastián que se burlaba de su sombra y que tenía en la cara, en vez de dos ojos, dos luceros. Y ahora, ni ve.

CAR.—Naturalmente. ¿No te han dicho que un día se le apareció el Señor?... Pos se le apareció. Y ya sabes que al Señor le rodea tantísima claridá, que a tó el que le ve se le queman los ojos. ¡Ay, quién los tuviera achicharraos, pa plantarse en el cielo, con zapatos y tó, como se plantará el Pobrecito!

JUA.—Y que es de una humildá... ¿Quié usted creer que ni siquiera le ha puesto una esquela a su hermano diciéndole que pasaba por aquí?...

CAR.—¿Y vendrá de seguro?

JUA.—Y tan de seguro. Al alba salió de Trescandiles con dos penitentes que van con él haciendo penitencia.

CAR.—¡Mira que es conseguir!... Lo mismito que si fuera un apóstole.

JUA.—Y ¿no lo es?... ¿Por qué le sigue la gente, y le osequian los curas, y le recorren las autórídaes, sino porque ha hecho un millón de milagros?... En Benalcázar, no más con hurgarle en la muleta a un viejo que padecía ruma, le quitó el ruma. Pos ¿y lo de Trescandiles, Virgen del Rosario?... ¿No atonta a la más pintá?

CAR.—¿Qué fué, qué fué, hija mía?

JUA.—Figúrese usted, tía Cárcava, que hay allí, pa cambiar el ganao de las diligencias, una colección de animales que son los más falsos del mundo. Pos el más falso, una mula tuerta, estaba bebiendo en el pilar, y en esto, el Pobrecito que se arrima, tanteando con su bastón, tan ajeno como nosotros de que le esperaba allí el diablo. Y mire usted: verle la mula, encogerse y tirarle dos patás que hubieran hundido una paré, fué una misma cosa. ¡Pum!... ¡Pum!...

CAR.—(*Fingiéndolo un gran espanto.*) ¡El Dulcísimo Nombre!... Y ¿qué pasó, Juana?

JUA.—Pues que, en el aire, se le salió al maldito bicho la herraura del casco, y que, sin herir con la pata al Pobrecito, escalabró con la herraura al médico de Trescandiles, que es un sayón.

CAR.—(*Con muchos aspavientos.*) ¡Santísimo San José, y qué milagro!... ¡Jesús, Jesús, Jesús, que me he quedao helá!...

JUA.—¡Si pasma!

CAR.—¡“Tomar” ahí, herejes!... ¡Pa que sos burléis!... (*Compungida, después de suspirar.*) ¡Ay, esa es mi esperanza, hija mía! Que aquí también haga milagros el Pobrecito.

JUA.—¿Lo dice usted por su nieta la baldá?

CAR.—¡Quita, mujer!... Mi nieta no está ya pa remilgos. (*Haciéndose la indiferente.*) Lo digo por ese... hombre, que parece que tié una gruesa de demonios en el cuerpo.

JUA.—(*Sorprendida.*) ¿Qué hombre?

CAR.—¿De qué hombre voy a hablar?... ¿No te has enterao de que ha vuelto, o es que vas a hacer papeles conmigo?

JUA.—(*Alarmándose.*) ¿Quién ha vuelto?

CAR.—¡Ah!... ¿No te han dao el soplo?... Pos ese Bu o ese Lucifer (*Santiándose.*), que está que jumea.

JUA.—(*Con el rostro descompuesto.*) ¿Que ha vuelto Antolín?

CAR.—Vaya, que de verdad no lo sabías. Anoche, pimpollo. (*Bajando la voz.*) A las nueve se metió en la tienda y, a los cinco minutos, se llegó por mí el Calafés. ¡Lo de siempre!... A martirizarla a una, y a comprometerla a una, como si una, por obligación, tuviera que ser el paño de lágrimas de media humanidad... Conque me plantifiqué en la tienda echando chispas, y no pués imaginarte cómo me encontré a aquel fariseo, ni te pués figurar las desvergüenzas que me dijo y las amenazas que soltó por aquella cochitrina de boca, en cuanto se convenció de que yo no le tomaría ni un real. ¡A mí, a la hija de mi madre con dineros!

JUA.—(*Sombriamente.*) ¿No hay más?

CAR.—(*Mirándola de reojo.*) ¡Huy!... Si fuera a contártelo tó, pa no dar fin en tres días. Yo lo escuché por educación al principio, y después porque el hombre—eso sí—estaba como tocao del cerebro y me ablandó. ¿Pa qué lo voy a ocultar? “¡Que vea usted a Juana, por María Santísima!” Y yo, que no. “¡Que mire usted que estoy loco!” Y yo, como si tal cosa. “¡Que le juro a usted esto, y lo otro, y lo de más allá!” Y así, él pidiendo y yo negando, estuvimos casi hasta que amaneció, y unas veces me daba rabia, porque salía hablando de puñalás y tiros, y otras veces tristeza, porque lloraba igual que una criatura de pañales... ¡Si lo hubieses visto con ca lagrimón como un puño!...

JUA.—(*Encendiendo de cólera.*) ¡Yo!

CAR.—(*Recogiendo velas.*) No, hija. Si es un suponer. Ya estoy en que no le trgas. Tú ¿te figuras que me chupo el deo?... Por eso yo, que soy la prudencia

misma, me negué en reondo a servirle. "Recaos de esta clase, no, Antolín. Una cosa es que yo se los llevara si estuviese soltera, y otra cosa es que estando casá hoy en día, te ayude yo sin su permiso." Y ni el Señor pasó de la cruz, ni yo de esas palabras. Y cuidao que se arremontó a las nubes; pero como si no le oyera. "Que no quiero líos; que Juana es mu rethonrá, y no me sale del pecho que, por mi propia culpa, me ponga la ceniza en la frente." ¡Y que no, y que no, y que no, y que no!

JUA.—(Agresiva.) Entonces, ¿pa qué ha venío usté?

CAR.—(Haciéndose la víctima.) ¡Mu bien, mujer! ¡Mu retebién!... Pregúntame que pa qué he venío. Y ponme la ceniza en la frente. ¡Pónmela sin miedo!... Cuidao con la pregunta, que es de oro. Pos si no vengo yo, desalá, so desagradecia, ¿quién te alvierte pa que te prepares a recibir a ese diablo?

JUA.—(Cogiéndola violentamente por un brazo.) Tía Cárcava, es usté lo peor de lo más malo. ¡Tan perra es usté, que me dan tentaciones de ahogarla!... Váyase usté pronto.

CAR.—(Sin descomponerse.) ¿Echarme también?... Por supuesto, que se lo merece una por ser güena y tener caridá.

JUA.—(Amenazándola con un escabel.) ¡Largo de aquí!...

CAR.—¡Mu bonito!... ¡Escalábrame, mujer!... ¡Lúcete con la ancianidá!... (Gimoteando y retirándose con lentitud.) ¡Encima de lo que ha corrió una pa que no haiga un crimen! (Suenan un rumor de conversaciones y pasos.) ¡Anda, pégame!... (Sollozando como si la amargura no la cupiese en el corazón.) ¡A mí, que soy la decencia personificá!... (Sale por la derecha.)

JUA.—(Después de una pausa, como rematando un soliloquio mental.) No, no. ¡Qué ha de atreversel!... (Entran por la izquierda Leonor y varias mocitas. Leonor, que trae en brazos al hijo de Juana, viste un traje de percal azul.)

LEO.—(A Juana.) ¡Ahí está el Santol!...

JUA.—(Como acometida de súbito pavor.) Dame el niño. (Lo coge y lo aprieta contra su pecho, besándole ansiosamente. Entra Salud, muy de prisa, engalanada con un traje casi blanco.)

SAL.—(Con las manos en la cabeza.) ¡Ay, la pobrecita Mujer de la Cruz!... ¡Ay, qué dolor de mujer! (Entran más mocitas y algunos niños.)

LEO.—Pero ¿y el Penitente, hecho un puro guíñapo?

SAL.—¡Ay, qué dolor de hombre!... Pero ná como el Pobrecito. ¡Ay, qué báculo, y qué conchas, y qué santidá de cara!...

LEO.—¡Chss!... (Juana le da el niño.)

SAL.—Ahí llega. (Entran por la izquierda Andrés, Blas, algunas mujeres, jóvenes y varios mozos, que preceden al Pobrecito de Dios. Este se apoya en Bastián y camina junto a Toñillo, que le lleva su alto y recio báculo. Detrás viene la Mujer de la Cruz y el Penitente, escoltados por Cándido y unos viejecillos, que cierran el cortejo. El Pobrecito parece socarrado por un fuego interior. Sus mecinas son largas y caudalosa su barba gris. Desfende la oquedad de sus ojos con unas gafas negras, que ensombrecen su rostro aguilino. Viste un hábito de carmelita, injuriado con exceso por las lluvias y el sol. En la esclavina lleva muchas conchas. El Pobrecito, como sus dos compañeros, está cubierto de polvo. La Mujer de la Cruz es una campesina pálida, flaca y angulosa, con unos labios y un perfil terriblemente enérgicos. Todo es negro en ella: los ojos, los cabellos, el traje y la pesada cruz que conduce al hombro. El Penitente es un tosco labriego, enjuto de carnes, de facciones pronunciadas y de mirar indeciso. Su ropa, de algodón, está recosida. Se cubre con un sombrero anchísimo de palma. Las mujeres y los hombres que han acudido a recibir a los viajeros visten con humildad o pobreza. El más lujoso es Andrés, con su blusa de crudillo y su pantalón de lana, y el más desastrado el idiota, que camina con la cabeza al aire, en mangas de camisa y descalzo.)

BAS.—¿Descansaremos aquí?

POB.—¿En la casilla?

BAS.—La casilla es.

POB.—Suéltame, entonces. (Apártase de Bastián, saca del pecho un crucifijo

rematado por una punta aguda, lo clava en la tierra, se arrodilla y se pone a rezar. La Mujer de la Cruz y el Penitente, imitados por algunas viejas, se arrodillan también, y los hombres se destocan.)

TON.—(A la mujer de la Cruz que suspira.) ¿Estás cansá, prima? (Varios le sisean con indignación.)

SAL.—Calla, borrico.

TON.—(Sulfurado.) Pero ¿pa qué lleva la cruz? ¿Estamos ahora en Semana Santa? (Algunos hombres se ríen por lo bajo; pero las mujeres les sisean con energía, y suenan voces que piden su expulsión: "¡Fuera!" "¡Silencio!" "¡Que se vaya!" El Pobrecito guarda el crucifijo y levántase después de besar la tierra.)

SAL.—(Por el idiota.) Es inocente, Pobrecito de Dios.

POB.—Pues dejadle; porque, si es inocente, está más cerca del Señor que esa con su cruz y que todos nosotros.

JUA.—(Con alguna timidez.) El pobrecito no sabe lo que dice. (Con viveza.) Toñillo, vamos. No me refiero...

POB.—¿A mí?... Tampoco sé yo lo que digo muchas veces.

BAS.—(Al Pobrecito, bajando la voz.) Es mi mujer. (A Juana.) Acércate. (Se aproxima Juana con cierta perplejidad y Bastián sigue hablándole al ciego.) Tú la has visto cuando era un ratón de chica.

POB.—Sí, seguramente.

JUA.—(Sonriendo.) ¿Cómo va a acordarse de mí?... (Con ingenuidad.) Yo... no sé si a usted se le besa la mano... (Le coge la diestra y el Pobrecito la retira tan prestamente como si hubiera sentido el dolor de una quemadura.)

POB.—¡No, no!... ¡No soy sacerdote!

BAS.—(Alegremente.) Eres más.

POB.—(Con sincera modestia.) ¡Hermano!...

BAS.—¡Más digo, Luis!

POB.—No, no... (Suplicante.) Y... no me llames Luis. Aquel Luis, murió. Yo soy el Pobrecito... para todos.

BAS.—(Con una sombra de tristeza.) Bien. (Después de una pausa, a Salud.) Saquen ustés lo que haya. (Salud entra con Juana en la casita y sale al momento con tres sillas. Cândido las coge y le da una a la Mujer de la Cruz y otra al Penitente, que se apresuran a sentarse.)

CAN.—(Poniendo la tercera silla detrás del Pobrecito.) Asiento, Pobrecito. (Le ayuda a sentarse. Juana sale de la casita con un canasto.)

JUA.—(Sacando del canasto pan y jamón y ofreciéndoselos al Pobrecito.) ¿Quiere usted una loncha de jamón?

POB.—No, gracias.

MUJER.—No prueba la carne.

JUA.—Uvas... hay.

POB.—Ahora, no. Nada.

JUA.—(A la mujer, que pone la cruz en el suelo cuidadosamente.) Pos coma usted.

MUJER.—(Cogiendo, ansiosa, el pan y el jamón.) Que Dios se lo premie.

JUA.—(Al Penitente.) Y usted.

PENITENTE.—Que Dios se lo pague. (Comen con voracidad.)

AND.—(Avanzando gallardamente, después de unos segundos de silencio.) Señor Pobrecito, a ver si tenemos el gusto de que milagrée su mercé por estos andurriales.

POB.—(Con sequedad.) Yo no hago milagros, hermano. Los hace Dios.

AND.—Pero hace algunos valiéndose de usted. Y yo quería que su mercé me palpara pa quedarme así como sagrao y estar defendío en un apuro.

POB.—Dios nos defiende a todos.

AND.—No digo que no; pero si se escuida ¿no la entrega un mortal?

POB.—(Severamente.) Dios no se descuida. ¡No blasfeme, hermano!

AND.—No hay que tomarlo a mal, que ya estoy amarrando el mirlo. (Se coge los labios con el pulgar y el índice y se retira.)

JUA.—Diga usted, mujer: y usted ¿aónde se encamina?

MUJER.—Al Pilar de Zaragoza, con el Pobrecito.

JUA.—¿Pa cumplir un voto?

MUJ.—Pa cumplir un voto. Como ya le había pedí^o tanto a la Virgen de Consolación de mi pueblo, pa no cansarla, me encomendé a la del Pilar y le prometí que iría a su iglesia con una cruz al hombro, si mi hijo, que estaba mu malito, no "me se" moría.

JUA.—Y se salvó.

MUJER.—¡Ay, no señora! Pero murió el infeliz sin confesarse, y como había estao en el contrabando con malas compañías, voy a cumplir el voto pa que no se condene.

JUA.—(Con absoluto convencimiento.) No se condenará llevando usted esa cruz.

MUJER.—Eso me dicen en toas partes y me dan fuerzas pa llevarla. (Pausa.) Aquí, por nuestra tierra, voy a gusto, porque, más o menos, hay caridad... Ahora que, en pasando que pasemos de Madrí, quizás nos tiren piedras. El médico de Trescandiles lo ha apostao.

JUA.—Porque es peor que Judas. Pero no la apedrearán.

POB.—¿Qué más quisiera!... Con sangre se lavan las culpas.

BAS.—Bien; pero no te enfades, hermano. Y vamos a casa. Tú debes descansar.

POB.—(Humilde.) Lo que tú mandes. (Avanzando con los brazos extendidos.) ¿No se fué el que tenía mi báculo?

TON.—(Riéndose muy satisfecho.) ¿Eh?... ¡Cómo me busca!

POB.—(Acercándose a él, orientado por la voz.) Ven conmigo, inocente. (Se coge con fuerza a Toñillo.)

CAN.—(Al idiota.) A casa. (Toñillo tira del ciego.)

POB.—Si, debo descansar. (Sale por la derecha con Toñillo. Le siguen Leonor, Bastián, Andrés y Blas, los chiquillos y algunos hombres y mujeres.)

JUA.—Espera, tía Salud. (Salud, que iba a salir, retrocede.)

CAN.—¿Pues?...

JUA.—Que tenemos que llevar fruta.

CAN.—¿Vamos? (Sale por la derecha, detrás de la Mujer de la Cruz y el Penitente, con las viejas y viejos que acudieron a recibir al Pobrecito.)

JUA.—(Interpellando a Salud enérgicamente cuando se quedan solas.) ¿Por qué no me lo has dicho?

SAL.—¡Ah!... ¿Ya lo sabes?... Pos, hija de mi alma, porque no lo he sabí^o yo hasta que lo vi, hace un rato, en la carretera. Ahí lo tiés tan cariparejo y más jaquetón que cuando tomó el portante.

JUA.—(Sonriendo con despecho.) Y queriendo hablar conmigo.

SAL.—(Espantada.) ¿Qué me dices?...

JUA.—Que me ha mandao a la Cárcava; que, por lo visto, ese hombre no se ha enterao de que pa mí está muerto, y yo pa él muerta y enterrá. (Con energía.) ¡Y ha de enterarse! Y pa que se entere, vas a ir a la tienda...

SAL.—(Interrompiéndola, empavorecida.) Pero ¿has perdió el juicio?

JUA.—(Con fiera torudez.) ¡Vas a ir!... ¡No tienes más remedio que ir pa evitar que venga él a mi casa!... ¡Vas y le notificas que le odio con tó mi corazón, que nie da asco de su maldita persona, que le deseo la muerte!... (Entra Antolín por la izquierda. Viste un traje oscuro de americana.)

ANT.—(Atajándola con más dolor que cólera.) ¡Mentira! (Salud da un grito de miedo y Juana vuélvese con rapidez hacia Antolín, espantada e iracunda.) ¡O mientes, o eres otra mujer!

JUA.—(Gritando sin reflexionar, instintivamente.) ¡Bastián!

SAL.—(Tapándole la boca y medio llorando de pavor.) ¡Ay, no!... ¡No, por Dios!... ¡Ay, si vienen!...

JUA.—(A Antolín, con altanería.) ¡Fuera de aquí!

SAL.—¡No grites, por el amor de Dios!... ¡Por lo que más quieras Juana!... Yo estaré ahí en acecho... Yo te avisaré si se acerca alguien... ¡Por Dios y por la Virgen, Juana!... (Sale por la izquierda conteniendo el llanto.)

JUA.—(Corriendo tras ella.) ¡Tía Salú!

ANT.—(Alcanzándola en dos brinco y sujetándola.) Tú, ¿qué has de irte!

JUA.—¡Ahora mismo!

ANT.—¡Quíá!... ¡Cuando me oigas!

JUA.—(*Escupiéndole las palabras.*) Y ¿quién eres tú pa sujetarme?!

ANT.—¡Más que tú pa despreciarme!

JUA.—(*Forcejeando y volviendo a llorar.*) ¡Bastían!

ANT.—(*Lívido de celos.*) ¡No le llares!

JUA.—¡Bastían!

ANT.—(*Procurando taparle la boca.*) ¡A él, no!

JUA.—(*Con terrible vehemencia.*) ¡A él!... ¡Pa que te eche como a un perro!... ¡Bastían!... ¡Bastían!... (*Antolín, que la oye demudado, la suelta bruscamente y de súbito principia a gritar como un loco.*)

ANT.—¡Bastían!... ¡Bastían!... ¡Bastían!... ¡Ea, que venga a echarme!... ¡Bastían!... ¡Bastían!... (*Juana intenta otra vez huir; pero Antolín la detiene de un zar-pazo.*)

JUA.—¡Suéltame!

ANT.—¡No! ¡Si vas a ver cómo me echa tu marío!... ¡A mí... un ladroncete!

JUA.—¡Ladrón, tú!

ANT.—¡Un apurasobras!

JUA.—¡Tú!

ANT.—¡Un asqueroso vendío, que con nombrarle ná más me ensucio los labios!

JUA.—(*A punto de llorar.*) ¡Porque no está, hablas!

ANT.—(*Como un león.*) ¡Que venga!... ¡Que salte aquí!... (*A gritos.*) ¡Aquí, ratero, deshonorao, blancote!

JUA.—(*Tan fiera como Antolín.*) ¡Tú, tú!... ¡Tó eso eres tú, y más!... ¡Tú!—

ANT.—(*Zamarreándola.*) ¿Cuándo he vendío yo mi honra? Y ¿a quién le he quitao lo más mínimo? (*Rugiendo y casi llorando.*) ¡Eres una perversa!

JUA.—¿El vendío?... ¡Vendío, tú!

ANT.—¡Eres una mala mujer!

JUA.—(*Sin escucharle siquiera.*) ¡Vendío, tú!... ¡Y blancote y deshonorao, tú!

ANT.—(*Cogiéndola por el cuello y derribándola.*) ¡No lo dirás más!

JUA.—(*Ahogándose.*) ¡Vendío!

ANT.—(*Apretándole el cuello.*) ¡No lo dirás más!... (*Juana prorrumpe en un grito estentoroso y Antolín afloja las manos y levántase con terror.*) ¡Juana!... ¡Alma mía!...

JUA.—(*Incorporándose.*) ¡Vendío!... ¡Hasta después de muerta te lo he de decir!... (*Levantándose.*) ¡Cobarde!... ¡Con mujeres te atreves tú!...

ANT.—(*Con inmensa emoción.*) ¡Contigo, porque te quiero hasta morir!...

JUA.—¡El vendío, cobarde!...

ANT.—¡Contigo, porque después de haberme martirizao de tal modo que aunque te matara veinte veces no pagaría tu deuda, daría por ti mi sangre!

JUA.—(*Con punzante desprecio.*) ¡Mi deuda!... Me quita la honra el muy canalla... ¡y ahora resulta que soy yo la que debo!...

ANT.—Si no roba el que coge lo que le dan, yo ná te quité. (*Exaltándose al ver que Juana niega.*) ¡No, no lo niegues, que estamos solos y ni pués tú negar, ni tengo yo que calarme!... ¿Fuí yo en tu busca?... La primera vez que nos hablamos, allá en el caserío de tu padre, ¿por qué te acompañé?... ¿No me dijiste que habías visto a un “vagamundo”, y que te daba miedo de ir sola?... Y después... ¿no te llegabas a mi lagar toas las tardes?

JUA.—(*Despreciativa.*) Pa verte.

ANT.—¡Pa verme, sí!... ¡Pa verme y pa condenarme!... Ibas pa reírte de mí, si yo te miraba embobao; pa buscarme, si yo me escondía; pa salir con remilgos, si yo te requebraba; pa hacerte la desairá, si cerraba yo el pico... (*Todo lo que dice Antolín, lo va subrayando Juana con exclamaciones despectivas.*)

JUA.—¡Más, inventa más!

ANT.—¡Ibas pa burlarme con tu saber y pa freirme con tu malicia!... Hasta que me pusiste en carne viva, y cargao de tizonos ardiendo, y con una candela en las entrañas... ¡y pasó lo que tenía que pasar!

JUA.—(*Sarcásticamente.*) ¿Tenía que pasar?... Siendo tú casao, ¿tenía que pasar?

ANT.—¿Me preguntaste si yo era casao pa enamorarme?

JUA.—¿Y qué?... ¿No sirve pa ná la conciencia?

ANT.—Pa arrepentirse. Pero yo de ná me he de arrepentir, porque me enamoré pa casarme contigo y pa quererte mientras el cuerpo me hiciera sombra. De modo que yo no he deseao pa ti más que cosas buenas. Y tú pa mí, ¿qué has deseao?... ¿Qué has hecho conmigo, que no sea una pura iniquidá?...

JUA.—(*Acremente.*) Yo no he hecho ná contigo. Yo ni siquiera me he acordao de tí.

ANT.—(*Arrebatándose de pronto.*) ¿Y mi hijo?... ¿Hay mayor iniquidá que la de quitármelo pa siempre? ¿Cabe un crimen peor?... (*Emocionado.*) Hace una hora no conocía yo a mi hijo, y cuando lo ví y me acerqué, rabioso por darle un beso, tuve que urdir no sé qué embustes pa que la criá no sospechara. ¡Embustes... pa besar a un hijo!... Y pa besarle no apretao contra mi corazón, sino cogío por una extraña, que no me lo quiso dar... ¡temiendo que fuera a lastimarle!... ¡Yo, que quisiera tener de espuma las manos pa acercarlas a su cuerpo!

JUA.—(*Con sombrío despecho.*) ¡Tú no le pués querer!

ANT.—(*Apasionadamente.*) ¿Que no, y le quería antes de que naciera?... ¿Que no, y le veía a toas horas antes de haberle visto, y al pensar que alguna vez le tendría de veras delante de mis ojos “me se” derretía el corazón?... Pero tú ¿crees que soy de mármol?... Por mi hijo, igual que por ti, hice el viaje. Y por él tuve un alegrón al enterarme de que estaba viudo, y por él me iba a embarcar, ya solo en mi solo cabo, cuando llegó la noticia de tu casamiento. ¡Esa sí que fué una acción negra!

JUA.—¡Yo no estaba amarrá a ti!

ANT.—(*Con la elocuencia de la pasión.*) ¡Pero tú no eras quién pa dejar a tu hijo sin padre, ni tenías derecho a dejarme a mí sin hijo!... ¡Y me has dejao sin él, y no creerá a mi vera, ni buscará mis besos, ni aprenderá a querermel!... ¡Por ti, por ti, que estabas amarrá a mi persona!... ¡Amarrá, porque nos había amarrao nuestro hijo!... ¡Y hasta por ser tan chiquitín y tan endeble el que nos amarró, no te debiste soltar!

JUA.—(*Con dureza.*) Si me solté, tuya fué la culpa.

ANT.—Mía fué. Pero la mayor de mis culpas no es esa, ni la de haberme enamorado de ti, sino la de no haber conseguido olvidarte... ¡Ay, si lo consiguiera!... Pa huir de ti, he gastao botas contra el suelo de medio mundo; pa no pensar en tu cara, he acariciao muchas caras; pa no acordarme de tus ojos, me he mirao en muchos ojos... Y tó ha sido inútil, porque te llevaba dentro de mí, y te veía en el agua, y en las nubes y en el aire... Y lo mismo, lo mismo, lo mismo que si estuviese embrujao, si me fijaba en un pelo rubio, en unos ojos azules y en una cara blanca de mujer, poco a poco el pelo se hacía negro, como ese pelo, y los ojos melao, como esos ojos, y la cara morena, como esa cara... (*Exaltándose locamente.*) ¡No tengo voluntá!... ¡Juré no volver, y este enemigo (*El corazón.*) me ha hecho volver!... ¡No quería hablarte, y te estoy hablando!... Tenía a la Muerte encaramá en los hombros, y sigo teniéndola, y siento su frialdá, y veo delante de mí la sombra de su guadaña... ¡y todavía no le he matao!

JUA.—(*En un alarido.*) ¿A quién?... ¿A mi Bastián?... ¿A mi marío, que ni sabe de tí?... ¿A mi Bastián, que te he engañao, porque no supe lo que era cariño hasta que me habló Bastián!... De él sí que me enamoré. ¡De tal modo me enamoré, que el día que nos casamos ví tan alegres toas las cosas, que me creí que Dios acababa de hacer el mundo y que se estrenaba hasta el sol!

ANT.—(*Mordido por los celos.*) ¡Por ese hombre!

JUA.—(*Con feroz energía.*) ¡Por él! ¡Y por él te odio tanto, que sólo con oír tu voz “me se” corta el cuerpo y me entran temblores de muerte!... ¡Por él! ¡Porque al pisar este suelo le ofendes, y al mirarme le insultas, y al decir que me quieres le deshonoras!

ANT.—¡Calla, calla!... ¡No me vuelvas loco!... ¡Calla, por caridá! (*Arrodi-*

llándose y suplicando con desesperada angustia.) Ten lástima de mí... No me echas siquiera... Aunque yo no sea nadie... Aunque sea menos que un perro... Me conformaré con entrar en tu casa como los que piden limosna... *(Juana, que ha ido oponiendo desdenosas negativas a las súplicas de Antolín, se retira de él vivamente al entrar Salud. Salud viene agitadísima. Trae un ramo de flores.)*

SAL.—*(Desde la derecha.)* ¡Bastían!... ¡Bastían!... *(Antolín se levanta calmamente.)* ¡Váyase usted!... ¡Es Bastían!... ¿No me oye?

ANT.—Si la ve con ese miedo, pasará algo.

SAL.—*(Espantada e impaciente y conteniendo la voz.)* Pero ¿no se va usted?

ANT.—Ahora, sería peor.

SAL.—*(Que ve llegar a Bastían.)* ¡Silencio!

BAS.—*(Dentro. Malhumorado.)* Juana...

SAL.—*(Procurando fortalecer su voz, que tiembla un poco, y colocándose junto a su sobrina.)* Allá vamos. *(A Juana, rápidamente y en voz baja.)* Di que hemos estado cogiendo flores. *(Entra Bastían por la derecha.)*

BAS.—*(Reconviniendo a su mujer.)* Pero hija mía... *(Afectuosamente al ver a Antolín, y avanzando con la diestra extendida hacia él.)* Hola, Antolín.

ANT.—*(Con seca cortesía.)* Hola, Bastían.

JUA.—*(Deteniendo a su marido en un arranque más fuerte que su prudencia.)* ¡No le des la mano! *(Antolín retrocede un paso instintivamente; pero se repone en seguida y colócase donde estaba, con frialdad y resolución.)*

BAS.—*(Con asombro.)* ¿Que no le dé la mano?... *(Incisivamente, después de mirar con fijeza a su mujer y a Antolín.)* ¿Por qué? *(Juana no contesta.)* ¿Por qué?

JUA.—*(Venciendo con energía su vacilación.)* ¡Porque no se la debes dar!

BAS.—Pero ¿por qué motivo?... ¿Por qué no se la debo dar? *(Con vehemencia.)* ¿Te ha ofendido, acaso?

JUA.—*(Vivamente.)* No.

BAS.—*(Secamente.)* Entonces di la razón. Tú tendrás una razón. *(Juana, perpleja otra vez, no replica.)* No habrás hablado para ponerme en "un" ridículo.

JUA.—*(Con despecho.)* ¡No me he podido contener!

BAS.—Bien. No te has podido contener... y yo me alegro. Pero... ¿qué ha pasado? *(Después de una pausa.)* Vaya, le preguntaré a Antolín. *(Con lentitud amenazadora.)* ¿Qué ha hecho usted para que yo no deba darle la mano de amigo?

ANT.—¿Ya da usted por sentao que eso es verdad?

BAS.—¿Como que lo ha dicho mi mujer!... *(Agresivo.)* ¿Quié usted decir, quizás, que miente?...

ANT.—*(Con una sonrisa desdeñosa.)* Muchacho...

BAS.—*(Con violencia reconcentrada.)* ¿Y quié que le demuestre que soy tan hombre como el más hombre?

JUA.—*(Interponiéndose entre los dos.)* ¡Tú no tienes que demostrar ná! ¡Tú no tienes ni que mirarle!... Te he dicho que no le debes dar la mano y te lo repito, y te diré el porqué, si te empeñas. ¡Pero a ti solo! *(A Antolín.)* ¿Usted me comprende?

ANT.—No es muy difícil. *(Después de unos momentos de reflexión.)* Ha hecho usted mal. *(A Bastían.)* Buenos días.

BAS.—*(Con fingida indiferencia.)* ¿Va usted a la tienda?

ANT.—*(También indiferente.)* Ahora, a mi olivar. Después, iré a la tienda, y a la plaza y al casino, como de costumbre.

BAS.—Buenos días.

ANT.—Buenos días. *(Sale reposadamente por la izquierda.)*

BAS.—*(Pidiéndole a Salud, con el ademán y el gesto, que se marche.)* Tía, haga el favor, y perdone usted. *(Se va por la derecha Salud, y Bastían, después de seguirla unos instantes con la mirada, encárase con su mujer.)* Ea, ya no te oye naide. Conque principia la relación... y que no "te se" atasque el carro. *(Juana guarda silencio, con el rostro contraído y retorciéndose las manos nerviosamente.)* Mira que si no rompes, yo no sé lo que me voy a figurar. *(Pausa.)* ¿Es tan delicado?

de decir lo que tiés que decirme? (*Juana rompe en sollozos.*) Me estás poniendo en cuidao, Juana. (*Con violencia.*) ¿Te ha ofendió Antolín?... ¿A que te ha ofendió y te ha faltao valor pa decírmelo?

JUA.—(*Llorando.*) No; pero es tu enemigo. ¡Te lo juro!

BAS.—¿Y por qué causa?... Porque hasta hoy no lo fué. Y además, tú ¿cómo lo sabes?

JUA.—Porque lo sé, porque me consta... ¡Es tu enemigo! ¡No te lo juraría si no lo fuese!... ¡Y es un demonio, que nos traerá la desgracia!

BAS.—(*Con altivez.*) Pa demonios de esa conformidá llevo yo en el bolsillo una gran reliquia. Pero acaba de explicarte y no te aperrees, que con lágrimas ná se demuestra, y se le quita la serenidá a quien no la debe perder.

UA.—Sí, lloro, sin poderlo remediar, de lo que me duele el daño que tengo que hacerte.

BAS.—No será nacio de una falta tuya, y por mi bien me lo harás.

JUA.—Y eso es lo que me da más pena: tu confianza. ¡Tanto confiar en mí, y en mí es tó malo, y tó pasa por mi maldá! (*Espoleándose con el propio dolor.*) ¡Por mis estintos perversos!... ¡Y por esta maldita cara, que se la debían comer las viruelas!... (*Abrazándole deshecha en llanto.*) Pero ¡quiereme, Bastián!... ¡Di que seguirás queriéndome!... ¡Di que me perdonarás!...

BAS.—(*Enronquecido por la emoción.*) Sigue...

JUA.—(*Arreciando en los sollozos.*) ¡No, no!... ¡Dilo!... ¡Di que me perdonarás!... Yo no fuí mala... Yo no tuve la culpa... Yo, antes de la boda, pensé poner-te al tanto de mi vida... (*Cruzando las manos y besándose las.*) ¡Por estas!

BAS.—¡Sigue, sigue!...

JUA.—(*Ardiendo de pasión.*) ¡Yo me callé como una muerta, porque me hicieron creer que, si hablaba, tú no me querrías!... ¡Y eso de que tú no me quisieras me desesperaba de tal modo y era para mí un suplicio tan horrible, que dejé que mi padre te engañara y hasta acabé por figurarme, como él, que Antolín no volvería!

BAS.—(*Temblososo y gritando.*) ¿Y por qué no había de volver?

JUA.—(*Abrazándole.*) ¡Pos di que me perdonas!

BAS.—¿Por qué?... ¡Contesta!...

JUA.—(*Sollozando con tremenda amargura.*) ¡Di que me perdonas!... ¡Yo no le quise!... ¡Fué que me hechizó, que me dió algo pa robarme la voluntad!... ¡Pero no le he querido nunca!...

BAS.—(*Con una angustia sobrehumana.*) ¡Madre, madre, madre, madre!...

JUA.—¡A ti sólo he querido!... ¡Te lo juro por mi salvación!...

BAS.—(*En un rugido.*) ¡Y eres mi mujer!

JUA.—¡Fué sin yo quererle!... ¡Porque me dió algo, porque me hechizó!

BAS.—¡Y qué importa, si fué!... (*Con un gesto de asesino.*) ¡Reza, Juana!... (*A Cándido, que entra apresuradamente y se coloca delante de su hija para defenderla.*) ¡Si no llega usté, la mato! (*Prorrumpe en sollozos convulsivos, que le agitan el pecho con la violencia de un fuerte oleaje. Juana, abrazada a Cándido, solloza también tempestuosamente.*)

CAN.—(*Con terror.*) ¡Se lo has dicho!

JUA.—¡Porque ha estao aquí ese canalla!

BAS.—¡Pa reclamar lo que le pertenecía! (*Se limpia los ojos y habla con sombría resolución.*) Pa él, ¿quién soy yo?... ¿Sabe el cuento que me contó tu padre y que me tragué como un bestia?... ¡Conque te atropelló en el campo un facineroso, al volver tú una noche de visitar a las sobrinas del cura!... ¿Sabe Antolín que yo me creí eso?... ¡Pos entonces, yo, pa él, no soy más que un granuja que habéis comprao!

JUA.—¡No es verdá! Demasiao sabe cómo eres tú; demasiao te conoce.

BAS.—(*Con saña.*) Me conoces tú, que me has engañao como a una criatura, y me conoce usté, que ha hecho de mí lo último: ¡un hombre que no pué tratar con gente de vergüenza, que merece que le escupan a la cara, que ha pasao por lo que naide hubiera pasao aquí, que está en un sitio que no es el suyo!... Pero, en

total, no me conocen ustés, y no saben ustés que si no me sirvieran estos ojos pa buscar a Antolín, y estas piernas pa perseguirle, y estas manos pa colgarme a él... ¡ahora mesmo "me se" partía el corazón!

JUA.—(Llorando y queriendo detenerle.) ¡No, no le buscarás!

BAS.—Pero ¿por tan bajo me tienes que crees que te voy a dejar sujetarme?... (Empujándola con tanta fuerza, que está a punto de derribarla.) ¡Quita!... (Juana da un grito y Bastián sale velozmente por la izquierda.)

JUA.—¡Bastián!... ¡Bastián de mi alma!... (Sale persiguiéndole.) ¡Bastián!... (Cándido, atribuladísimo, intenta correr detrás de Juana; pero comprendiendo que no la alcanzaría, retrocede y se encamina, azorado, hacia la derecha. En este momento entra Antolín, que ha estado oculto en la casita.)

ANT.—No corra usté ni llame usté, que no hace falta.

CAN.—(Con estupor.) ¿Qué hacía usté ahí?

ANT.—(Sencillamente.) Escuchar.

CAN.—(Después de unos segundos de silencio.) Yo me figuraba que era usté hombre de más peso y de más prudencia.

ANT.—Y ¿le parece poca prudencia la que me ha aconsejao meterme ahí pa escuchar?... Si no me hubiese metío en la casa, me habría encontrao con su yerno en lo olivar antes de una hora, y al minuto hubiera estao Juana viuda o casá con un asesino. De manera, que no me critique usté.

JUA.—(Lejos.) ¡Bastián!... ¡Bastián!...

ANT.—Lo que son las mujeres; antes le llamó pa que nos matáramos, y ahora le llama pa que nos matemos. (Adivinando en los ojos de Cándido un furioso deseo de venganza.) Y usté no invente ná contra mí, que no me meto con naide. (Después de una pausa.) No es mal bicho Bastián. Tanto me ha gustao oírle, que no quisiera encontrarme con él. Dígaselo. Yo sé que tós vamos, anda que anda, hacia el ataú, y aunque no me he empeñao en llegar pronto, tampoco tengo interés en eternizarme en el camino. Si él lleva menos prisa, que no me busque. (Hace un ademán de despedida, y se dirige lentamente hacia la derecha.)

ACTO TERCERO

En la tienda del Calañés. A la izquierda, dos puertas que dan a la calle. La del segundo término está cerrada. A la derecha, en primer término, la puerta del corral. Este muro de la derecha sostiene la pobre anaquelera del establecimiento. Frente a ella hay un mostrador, y en él un par de zafras, botes de conservas, pesos, frascos de aceitunas, un cuchillo y papeles para envolver. Entre la anaquelera y el mostrador, en el foro, se abre una puertecilla, y en el foro también, a la izquierda, una ventana con visillos encarnados permite ver la calle. La puertecilla está en un tabique (colaña de la escalera) que forma un ángulo recto con otro perpendicular al mostrador y que apóyase en la pared del fondo. Junto a ésta hay un barril de vino, y frente a la ventana, pegado al muro, un banco de madera. Cuelgan del techo, sobre el mostrador, dos lámparas de petróleo, y palos con jamones y embutidos. En los anaqueles—rojos, como las puertas, el mostrador, el barril y el banco—se mezclan con los comestibles, objetos de ferretería y quincalla. Es de noche y las lámparas están encendidas.

(El Calañés, detrás del mostrador, le despacha a la tía Cárava. El comerciante es un mozo alto y cenceño. Viste una blusa pingosa; tócase con una gorrilla que su-
de mugre y anda en chanclas.)

CAL.—(Poniendo unos paquetes en el mostrador.) El pimientó molío, las pimientos longas y el bacalao.

CAR.—(Sopesando un paquete.) Pero qué chapucerísimo te ha hecho su Divina Majestá, Calañés... ¡Déja que corra la balanza, so cícatero!... (El Calañés silba, como si no la hubiese oído.) ¿Y el jamón?... Pero cuidao que tienes pachorra. ¿No vas a espacharme el jamón?

CAL.—(*Dejando de silbar.*) Mire usted, tía Cárcava, ni aunque se pusiera usted en cruz me hacía pasar del bacalao. ¿Sabe usted lo que me debe?

CAR.—No me lo digas, por tu salud, que “me se” abren las carnes. ¡Confiscás sean las cuentas!

CAL.—Pos si a usted se le abren, ¿qué me pasará a mí? (*Leyendo en un cuadernillo.*) Cincuenta y dos pesetas con setenta y cinco céntimos, sin sumar lo de hoy.

CAR.—Y eso, ¿a cuánto sube?

CAL.—Pos a doscientos once reales.

CAR.—(*Santiguándose.*) ¡Jesús mío del Gran Poder!... ¡Ay, Santo Cristo de las Melenas, si me has dejao espantá! (*Entra Antolín por la puertecilla del fondo.*)

CAL.—(*Apretándose contra el mostrador para dejarle pasar.*) ¿Se descansó, mi amo?

ANT.—Un poco parece que “me se” ha despejado la cabeza.

CAL.—Si en durmiendo se cura tó. (*Coge un^o papeles y empieza a pasar números al cuadernillo, que es su Diario.*)

ANT.—(*Acercándose a la tía Cárcava, que le hace guiños.*) ¿Qué hay?

CAR.—¿Qué ha de haber, hijo, Antolín?... Penas y más penas. El alimento de tós los días y tós los años. (*Bajando la voz y apartándose del Calañés.*) ¡La gran guerra, Antolín!... ¡Lo que se llama una revolución!... El Bastián, sin parecer; la Juanita, chillío va y chillío viene, como si estuviera esvariando, y el viejo, hecho un alacrán de puro enfadadísimo.

ANT.—(*Apartándose de la vieja.*) Ya se tranquilizarán.

CAR.—(*Desconcertada.*) ¡Ay, qué vida y qué mundo!

CAL.—(*Sin alzar los ojos del cuadernillo.*) Y qué cuenta, tía Cárcava.

CAR.—¿No te habrás equivocado, Calañés?... Hijo, que esos reales que tú dices, son muchos reales.

CAL.—Números cantan. Lleva usted seis meses sin darme un céntimo...

CAR.—(*Con melancola.*) ¡Válgame el Santísimo, y cuántos apuros martirizan una vejez honrá!... Por mi familión, hijo; porque tengo mu pocos brazos pa trabajar y muchas bocas pa romper hogazas. Pero, en fin, saldré del atranco, y entonces...

ANT.—Borra la cuenta. Yo la pagaré.

CAL.—¿Qué cosas se le ocurren, mi amo!... Ya está pagá.

ANT.—Es que yo no te regalé la tienda pa arruinarte. Conque borra y calla.

CAL.—Como usted diga.

CAR.—(*Pasándose por los ojos el delantal para que crean que llora.*) En los alcares no los hay más retesantos que tú, Antolín.

ANT.—Tía Cárcava, que no me gusta la adulación.

CAR.—Si no adulo, hijo.

ANT.—(*Despidiéndola.*) Que Dios la acompañe.

CAR.—Y a ti también. (*Sale por la izquierda.*)

CAL.—(*Aproximándose a la puerta para cerrarla.*) ¿Sigue la jaqueca?

ANT.—Una poquilla. No, no cierres.

CAL.—(*Encajando la puerta.*) ¿Aguarda usted a alguno?

ANT.—Quizás venga alguien.

CAL.—Entonces tampoco apago.

ANT.—Yo apagaré y cerraré.

CAL.—Pos arriba estoy. (*Suenan unos golpecitos en la puerta y se detiene el Calañés.*)

ANT.—Vete. (*Sale el Calañés por el foro. Antolín entreabre la puerta y entra la tía Cárcava.*)

CAR.—(*Con mucho misterio.*) Novedades hijo mío. ¿Quién te figuras que está ahí, en el pilar?... ¡Juana!

ANT.—¿Juana?

CAR.—Juana, con su tía Salú. Se conoce que se encajaron ahí pa esperar a los civiles. Han charlao un rato con ellos, y ahora están las dos cuchichí, cuchichí, que no paran de relatar.

SAL.—(Dentro. Con angustia y conteniendo la voz.) Juana, ¡por la Virgen del Carmen!...

JUA.—(Dentro.) ¡Que no!... ¡Que no me importa! (Abre de un empujón y entra con Salud, que está avergonzada. Las dos traen toquillas sobre los hombros. Tía Cárcava, al ver a las mujeres, se acurruca en el quicial de la segunda puerta, esperando una ocasión para escaparse. Hay unos instantes de silencio.) ¡Y Bastián? (Antolín se encoge de hombros; Juana aproximase a él, y Tía Cárcava se desliza, pegada al muro, y gana rápidamente la puerta.) ¡Le has visto?

ANT.—(Secamente.) No.

JUA.—¿Sabes dónde está?

ANT.—No.

JUA.—¿Te has citao con él?

ANT.—No.

JUA.—(En un estallido de angustia y cólera.) Pero ¡si se fué pa buscarte!

ANT.—(Con despecho.) Pues todavía no me ha encontrao.

JUA.—(Entre sollozos.) ¡Es pa volverse loca!

ANT.—¿Pa qué hablaste?

JUA.—Y ¿pa qué volviste? (A Salud, llorando.) ¡Míralo, mira cómo toma venganza de mí!...

SAL.—(Conteniendo las lágrimas.) Ven, vámonos...

JUA.—(Dejándose llevar por Salud.) No, no...

SAL.—Anda, ven...

JUA.—(Rechazándola con dureza.) Pero ¿cómo he de irme?... ¿Cómo he de salir de esta casa sin mi Bastián?

SAL.—Si no está.

JUA.—¡Sí está!... ¡Me lo da el corazón!... ¡Está aquí, escondió!

SAL.—Pero, Juana, hija mía...

JUA.—(Con absoluta convicción.) ¡Está aquí!

SAL.—Pero si eso es imposible.

JUA.—(Con tremenda agitación.) Hay una cosa en el aire que me dice que está aquí. (Como alucinada.) ¡Y me está mirando!... ¡Me está mirando!... ¡"Siento" sus ojos en la carne!... (Llorando y recorriendo, enloquecida, la tienda.) ¡Bastián!... ¡Bastián!... ¡Bastián!...

SAL.—¡Por Dios, Juana, mi alma!...

JUA.—¡Bastián!... (Abrazándose a Salud, deshecha en lágrimas.) ¡Si está aquí y van a matármelo! (Corriendo hacia Antolín.) ¡Antolín, por tu hijo!...

ANT.—(Con frialdad.) Sí que te vas a volver loca.

JUA.—(Arrodillándose.) ¡Dime siquiera que vive!

ANT.—¿Por qué no ha de vivir?

JUA.—¿Y dónde está? ¡Tú lo sabes!

ANT.—Ni lo sé ni quiero. El es el que me busca. Yo, no.

JUA.—(Con saña.) ¡Porque le temes! (Levantándose.) ¡Tú le odias y le envías dias; pero le tienes miedo!... ¡Y por miedo, mientras él te acecha, estás encerrao!

ANT.—(Colérico.) ¡Calla de una vez!... ¡Sí, me ha encerrao el miedo!... ¡Pero de lo que me da miedo es de no poder contenerme! ¡No me pinches tú, porque si salgo, y le busco, y le encuentro!...

JUA.—(Con aliento trágico.) ¡Qué!... ¡Mátale, y te juro por la gloria de mi madre que me echo al pozo con mi hijo!

ANT.—(Recobrando el dominio de sí mismo.) Está bien, Juana. No tendrás que echarte. ¡Pero déjame ya, por el amor de Dios!

JUA.—(Volviendo a la actitud humilde y a las lágrimas.) Pos dime dónde se ha escondido. (Replicando a un gesto de impaciencia de Antolín.) ¡Si está aquí!... ¡Si me ha mirao!...

ANT.—(Impaciente.) Registra.

JUA.—Estoy segura. He sentido sus ojos en los míos y en mi cuerpo. ¡Aunque ahora no esté! (Se asoma al corral; después mira debajo del mostrador, y, por último, abre la puertecilla del fondo y quedase perpleja.)

ANT.—Sube a ver si está con el Calañés.

JUA.—¡No estará, pero ha estado! (*Con desaliento.*) Antolín, véngate de mí, si quieres; pero déjale a él, que es más inocente que un niño.

ANT.—(*Con amargura.*) A él... y a ti, Juana. (*Ent'ran por la izquierda el Pobrecito de Dios y Toñillo, que le guía.*)

TON.—(*Alegremente.*) ¿No se lo dije?... Las primas son.

POB.—(*Con severidad.*) ¿Es este tu sitio, Juana?

JUA.—(*Llorando.*) ¿Y si estaba aquí?... ¡No quiero que me lo maten!... ¿Qué me importa a mí la crítica?

POB.—¡Le importará a Bastián!... Vete a casa.

SAL.—Vamos.

POB.—Que os acompañe el inocente, y que vuelva después por mí.

JUA.—(*Cogiéndole las manos y reteniéndoselas, aunque él rehuye con repugnancia el contacto.*) ¡Pobrecito, encuéntrale usted, sálvele usted!... ¡Que es de su misma sangre, Pobrecito!

POB.—Dios, Dios, Dios... (*Juana, llorando, sale por la izquierda con Salud y Toñillo, y después de unos instantes rompe el silencio el Pobrecito, que da una media vuelta, como si pudiese buscar con los ojos a Antolín.*) ¿Dónde está usted, Antolín?

ANT.—Frente a usted, Pobrecito.

POB.—(*Encarándose con Antolín, orientado por su voz, cuyo metal le sorprende y le inquieta.*) Usted, ¿es Antolín?

ANT.—Para servirle.

POB.—(*Con creciente inquietud.*) Es extraño...

ANT.—(*Con asombro.*) ¿Extraño que yo sea Antolín?

POB.—No. Me refería a su voz. ¿No me conoce usted?... Mejor dicho: antes, ¿no me ha conocido usted?

ANT.—¿Antes de qué?

POB.—No nos conoceremos. Y, sin embargo, su voz... Apostaría a que nos hemos encontrado por esos mundos.

ANT.—No sé; pero yo no recuerdo haberle visto nunca.

POB.—Será ilusión mía.

ANT.—O un parecido. Se dan estas casualidades. Pero siéntese usted... (*Acerca el banco al Pobrecito.*) Aquí atrás. (*Ayudándole.*) Sin miedo.

POB.—(*Sentándose.*) Sí, hay unos parecidos tan raros... (*Pausa.*) Y vamos a lo que me ha hecho quedarme, si usted no se enfada.

ANT.—Con criaturas como usted, "en" jamás; sino que yo estoy esta noche así, algo trastornaillo, y sin enfadarme, y con tó el respeto que usted se merece por su santidad y porque obra en defensa de un hermano, le voy a pedir que descanse lo que haga falta y que se retire sin mentar lo que no hay que mentar.

POB.—Es que usted se equivoca.

ANT.—¿En qué?... ¿No es Bastián su hermano?

POB.—¿Y no lo es usted también?

ANT.—(*Desdeñoso.*) ¡Hombre, Pobrecito!...

POB.—(*Con firmeza.*) Usted también es mi hermano, y lo mismo que a él, quiero salvarle a usted.

ANT.—Muchas gracias; pero... disimule usted que le diga que yo, la verdad, no corro ningún peligro.

POB.—Y aunque eso fuera verdad—que no es verdad—, su alma, ¿no está en peligro de perderse?... ¿Por qué hemos de preocuparnos sólo del cuerpo? ¿Y la otra vida?

ANT.—Caray, Pobrecito, se mete usted en unas profundidades tan profundas, que no le pueo seguir. (*Con un leve matiz de burla.*) A mí, hasta ahora, no "me se" ha ocurrido pensar en más vida que esta vida. Y dispense usted que hable así, porque yo no tengo de santo ni una pestaña.

POB.—Y sin ser santo, ¿no se puede ser bueno?... Y un hombre bueno, aunque no piense en su salvación, ¿se atreverá a destruir una familia, desesperando y condenando a quienes nada le hicieron?

ANT.—(*Después de una pausa.*) Los predicadores o los peregrinos, como usted, tienen palabras pa tó. (*Sarcásticamente.*) Es muy fácil decir: “sea usted bueno”, y no sería difícil serlo si la bondad fuera pa ustedes como pa nosotros. Pero no lo es, porque pa ustedes ser bueno significa aguantarse si le roban a uno; no chistar si le insultan; huir si le persiguen; perdonar si le engañan; doblar el lomo si le pegan, y si le matan, darle encima gracias al Señor.

OB.—Sí; así es, así es.

ANT.—De modo que, pa ser bueno, estorban el valor, y la vergüenza, y la dignidad.

POB.—Justo. Estorban el valor, y la vergüenza, y la dignidad... de ustedes. Nosotros comprendemos esas cualidades de otra manera.

ANT.—Y esa manera, ¿está al alcance de toas las criaturas?... Bien que un día, porque esté uno enfermo, triste o debilitao, sea uno como Job en el muladar, y deje que lo pisoteen; pero tós los días, ¿va uno a aguantarse, y a huir, y a perdonar?

POB.—¿Por qué no?

ANT.—¿Porque nadie es bueno a diario; porque eso sería entregarle el mundo a los que se rien de la bondad, y porque no se hace siempre lo que se quiere hacer!... Pobrecito, pa comprender ciertas cosas, hay que tener más de pecador que de santo.

POB.—¿Y de dónde saca que yo no pequé? (*Con ironía.*) Yo que he tenido más valor que un baratero y más dignidad que un capitán de ladrones, he sostenido mis mentiras a palos, y le he hecho cara a individuos a quienes deshonré, y he mantenido mis infamias... Comprendo, comprendo esas cosas a que se refiere usted. Tan bien las comprendí un día, que, para no caer en ellas, me salté los ojos.

ANT.—(*Espantado.*) ¿Qué horror dice usted?

POB.—¿Horror?... A lo que me devolvió la confianza y la paz, ¿le llama usted horror?... (*Después de una pausa.*) Si acaso, cobardía. Todo el mal, ¿no viene de la mujer, que se nos entra por los ojos, y llega a nuestro corazón, y lo martiriza y lo corrompe... Pues yo la eché de mi corazón, ya muy estropeado, y, para que no volviera, borré el camino. (*Se toca los ojos.*) Siempre se hace lo que se quiere hacer, con la ayuda de Dios.

ANT.—¿Ayudar Dios... a “eso”!

POB.—¿No era para servirle?

ANT.—No discutamos. Yo no presumo de entender de religión y sé que la aprendemos de chicos y que luego ca uno se queda con la que pué conservar. Tal vez saltándose los ojos se sirva a Dios. Y si no, usted lo cree, y tós somos libres pa creer. Un compañero tuve yo capaz de robarle la vida a un moribundo, con las entrañas más negras que la pez y con menos devoción que un “voto a Cristo”, y que, sin embargo, se encomendaba a la Virgen, pa que le salieran bien sus charranerías, con tanta inocencia y tan buena fe como un canónigo. Y hay muchos marineros así.

POB.—(*Estremeciéndose bruscamente.*) ¿Marineros ha dicho usted?

ANT.—Sí, señor. Y yo soy uno de los que, en casos apuros, se acuerdan de la Virgen.

POB.—(*Muy turbado.*) ¡Ah!... Usted ha sido...

ANT.—Marinero. ¿Qué tiene eso de particular?

POB.—(*Con ansiedad.*) ¿En Sevilla?

ANT.—En vapores de Sevilla he navegao.

POB.—(*Con una emoción que no oculta.*) ¿De contramaestre quizás?

ANT.—(*Sorprendido.*) ¿Cómo lo sabe usted?

POB.—¿Y en el “Hispalis”?

ANT.—(*Con estupor.*) En el “Hispalis”.

POB.—(*Con angustia.*) Entonces, usted... ¡porque usted tiene su voz!...

ANT.—(*Avanzando y observándole atentamente.*) ¿La voz de quién?

POB.—(*Levantándose y temblando como un epiléptico.*) ¡El Moreno!... ¡Antolín el Moreno!

ANT.—(Cada vez más asombrado y ya receloso, y con una punta de inquietud.) El Moreno. Así me llamaron. Y el Bu ahora. Y Antolín Pastrana siempre. Pero, ¿de qué me conoce usted?... ¿Quién es usted?

POB.—¡Déjeme!

ANT.—¿Por qué tiembla usted?

POB.—(Rompiendo a llorar.) ¡El Malo!... ¡Me ha traído el Malo!...

ANT.—(Con una gran agitación.) ¿Qué me debe usted, que tiembla?... ¿Cuándo nos hemos encontrao?...

POB.—(Llorando.) ¡El Malo!... ¡El Malo!...

ANT.—¿Dónde nos hemos visto?... ¿Cómo era usted? (Cogiéndole el rostro.)

POB.—¡No me toque!

ANT.—(Quitándole las gafas.) ¡No, si he de saber cómo era usted!... ¡A ver estos pelos! (Al levantárselos descubre una cicatriz que nace en el parietal, parte una oreja y se pierde en el cuello, y se retira como si hubiese recibido un mazazo.) ¡Esa cicatriz!... ¿Qué cicatriz es esa?...

POB.—(Entre sollozos.) ¡Soy yo!... ¡Soy yo!...

ANT.—(Tambaleándose.) ¡Luis el Loco!... (Reponiéndose después de unos instantes de silencio.) No creí yo que los muertos resucitaran.

POB.—Y ¡ha resucitado aquel?... ¡Nos parecemos?

ANT.—(Riendo ferozmente.) ¡Luis el Loco... santo!

POB.—(Arrojándose de bruces al suelo.) ¡No, no! ¡Arrepentido, martirizado, quemándose en el infierno ya!... Pero ¡todavía no me ha perdonado usted?

ANT.—¡Todavía no!... ¡Todavía "me se" enciende la sangre junto a ti; todavía me veo clavándote en tierra a cuchillás, y todavía, con esas greñas, y con esas barbas, y con tus milagros, te mataría si te pudieses defender!...

POB.—(Llorando.) ¡Píseme, escúpame!... ¡Quiero que usted me maltrate y me humille!... (Antolín levanta el pie sobre la cabeza del ciego; pero se contiene y apártase de él con repugnancia.)

ANT.—No, no. Me mancharía las botas. (Llamando.) ¡Calañés!... (Entra el Calañés por la puertecilla del fondo.) Levanta a ese individuo y llévate.

POB.—Ahora, no. (Incorporándose.) Escúcheme usted.

ANT.—Llévatelo.

POB.—(Rechazando al Calañés, que después de levantarlo, le empuja hacia la puerta.) ¡Una palabra!

ANT.—(Con ira.) ¡Llévatelo!... (El Pobrecito inclina la cabeza y, sin resistirse, sale por la izquierda con el Calañés. Antolín encaja la puerta de la calle, esucha unos segundos pegado a la del corral, y cuando, vacilante, empuña el cerrojo para abrirla, retorna el Calañés.) ¿Por qué vuelves?

CAL.—Me he encontrao a Toñillo.

ANT.—Ya. (El Calañés cierra la puerta con el cerrojo.)

CAL.—(Tímidamente.) Qué, ¿dormimos?

ANT.—(Cerrando las vidrieras.) Tú, que estarás cansao. Yo no tengo sueño. Anda tú.

CAL.—Yo hago lo que usted mande. (Recalcando.) Que no se le olvide a usted.

ANT.—No, hombre, no. (El Calañés abre un cajón del mostrador, coge un revolver y se lo guarda.) ¿Pa qué es eso?

CAL.—Pa ná. Aprensiones que le dan a uno, mi amo.

ANT.—(Carñosamente.) Pero si no hay motivos pa temer.

CAL.—(Mirándole con fijeza.) De toas maneras si usted me necesita, ahí estoy.

ANT.—(Dándole unas palmaditas en el hombro.) Anda, anda a dormir.

CAL.—Ya mismo. Pero ahí estoy de toas maneras. (Desde la puertecilla.) Pa lo güeno y pa lo malo.

ANT.—Anda a dormir. (El Calañés sale por el fondo y Antolín cierra las contraventanas, coge una botella de vino y bebe un trago. Después pone la botella en el mostrador, acércase de puntillas a la puerta del corral, la abre resueltamente, se asoma y llama sin alzar mucho la voz.) Bastián... (Un poco más recio.) ¡Bastián!...

BAS.—(Dentro.) Aquí estoy.

ANT.—(Separándose de la puerta.) Pos adelante.

BAS.—(Entrando con airada resolución.) ¡Adelante!... ¿Quién le ha dicho que estaba ahí?

ANT.—Juana, que se lo figuró. Yo me fío de las corazonás de las mujeres.

BAS.—Me alegro de que me esperase usted. Yo pensaba entrar más tarde por el sobrao.

ANT.—Como un saltador.

BAS.—(Con una insolencia que está en el gesto más que en las palabras.) El caso era entrar por donde no pudieran sujetarme, ya que usted no salía. Con su licencia, voy a cerrar. (Cierra la puerta del corral pasando el cerrojo.)

ANT.—Sin licencia.

BAS.—(Por las puertas de la calle.) Aquellas, ¿las ha cerrao usted?

ANT.—También con cerrojo.

BAS.—(Torvamente.) Pos ¡a ver quién las abre pa salir! (Llévase la diestra al bolsillo como para sacar un arma; pero Antolín le contiene con un gesto.)

ANT.—Sin prisa, que hemos de hablar.

BAS.—(Despectivamente.) ¿Nosotros?... ¡Entre nosotros está tó hablaio, y yo no he venío más que pa verle el color de la sangre!

ANT.—¿Y si, después de oirme, no lo quiere usted ver?

BAS.—(Burlándose.) ¿De veras?

ANT.—(Con gravedad.) ¿Por qué no?

BAS.—(Después de una breve carcajada.) ¿Sabe usted lo que me hace reír? Eso de que le digan a usted el Bu. ¿Un Bu... con la prudencia de usted?... Tiene gracia.

ANT.—(Imperturbable.) Es inútil. Por mucho que me insulte usted, si no me escucha, no me obligará a reñir.

BAS.—¡Si me da igual! (Sacando un revólver.) ¡Si lo que deseo es matarte!

ANT.—(Con viveza.) ¿A traición?

BAS.—(Bajado el revólver.) ¡Defiéndete!

ANT.—Pa que no me diera esa tentación, precisamente no llevo encima ni un afilero.

BAS.—¿Pa librarte de pelear? (Con sombría resolución.) ¡Pos me parece que eres hombre muerto!

ANT.—(Lanzándose sobre su enemigo, a quien sorprende la brusquedad de la acción.) ¡Por ti, no! (Antes de que Bastián sueñe en disparar, le arrebata el revólver, que cae al suelo; le derriba y procura inmovilizarle. El ruido de la lucha atrae al Calañés, que entra velozmente por el fondo.)

CAL.—(Excitadísimo, mientras los rivales gritan ronca y apasionadamente.) ¡Déle usted, mi amo! ¡Duro con él!

BAS.—(Luchando furiosamente.) ¡Ladrón!... ¡Canalla!... ¡Ladrón!...

ANT.—(Al Calañés.) ¡Cuerdas!... ¡Las manos!... ¡Amárraselas!...

BAS.—(Haciendo esfuerzos terribles por zafarse de Antolín, que le domina con sus puños de acero.) ¡Dos contra mí!... (El Calañés, que ha cogido unos cordeles que tenía debajo del mostrador, le amarra las manos.) ¡Cobardes!... ¡Canallas!...

ANT.—(Al Calañés.) ¡Ligero!

BAS.—¡Cobardes!... ¡Dos contra uno!... ¡Cobardes!...

ANT.—(Levantándose fatigado.) No aprietes mucho. Bueno va.

BAS.—(Llorando de rabia.) ¡Canalla!... ¡Canalla!... ¡Te he de morder el corraón!

ANT.—Mucha mordeura es esa pa ti, que ni pelear sabes. Aprende, amigo.

BAS.—(Revolcándose con frenética ira.) ¡Mátame! ¡Mátame!... ¡Mátame!...

CAL.—Le van a oír.

ANT.—Ponle un tapón. (El Calañés saca un pañuelo y amordaza con él a Bastián, que sigue gritando.)

CAL.—Vaya un jilguero. (Antolín bebe un trago de vino y se aproxima nuevamente a Bastián, después de recoger del suelo el revólver y guardárselo.)

ANT.—No te voy a hacer daño; pero me vas a escuchar por las malas, ya que por las buenas no has querido escucharme.

BAS.—(*Ahogado por la mordaza.*) ¡Ladrón!... ¡Canalla!...

ANT.—No chilles más, que eso es de mujeres.

BAS.—¡Cobarde!...

ANT.—¡Cobarde tú, que has madrugao como un asesino y que ahora chillas!

BAS.—¡Mátame de una vez!

ANT.—(*Despreciativo.*) ¡Yo no mato con ventajas!... Y ten reaños de hombre, y cállate ya. (*Pausa.*) Ayúdame, Calañés, que me da fatiga de verle ahí tirao. (*Levantando a Bastián, que déjase caer en unos sacos que hay junto al mostrador.*) ¡Ajajá! (*Al Calañés.*) Déjanos solos. (*El Calañés sale por la puertecilla.*) Qué, ¿te vas serenando? (*Bastián ni habla ni se mueve.*) Así me gusta. Ná más que por eso te voy a desahogar. (*Le quita la mordaza, y el vencido respira ansiosamente.*) ¿Te alivias?

BAS.—(*Con rencoroso despecho.*) Bien prepará la encerrona. ¡Gózate!

ANT.—(*Indignado.*) ¿Encerrona? Si te dejo disparar y me atinas, ¿cómo hubiera tenío yo la cabeza cuando bajó el Calañés, so grandísimo?... (*Conteniéndose.*) No, no te insulto, que estás amarrao.

BAS.—(*Con fría rabia.*) Porque érais dos.

ANT.—(*Con naturalidad.*) Sí, a mí solo quizás me hubieras forzao a matarte. Y pa no matarte, y, además, pa que me escuches, me he valío del Calañés. Y a lo que importa, que lo que te voy a decir no es ninguna pampolina.

BAS.—¡Ay, como yo salga vivo de tu poder!

ANT.—Saldrás; pero antes escucha.

BAS.—(*Con un ardor salvaje.*) ¡No me dejes salir de aquí!... ¡Mátame, córtame a cachitos y quemálos pa estar seguro de mi muerte, que será tu vida!

ANT.—Déjate de fanfarronías y atiende.

BAS.—¡No lo has de conseguir!

ANT.—¡Si no pues taparte las orejas, testarú!

BAS.—¡No atenderé!

ANT.—(*Persuasivo.*) Mira que vas a alegrarte si te enteras de cómo fué lo mío con Juana; mira que lo que hubo entre nosotros...

BAS.—(*Gritando atropelladamente para no oírle.*) ¡No, no, no, no!...

ANT.—Bastián, no te empeñes en perjudicarte.

BAS.—¡No, no!... ¡No me importan tus mentiras!...

ANT.—(*Entre desdeñoso e irritado.*) Te estás portando como un chiquillo. Y te pué pesar. Siquiera porque se trata de tu mujer, debías ser más transigente y menos atestao.

BAS.—¡No me importan tus embustes!... ¡No, no, no, no!...

ANT.—(*Amorazándole otra vez.*) Vaya, se acabaron los grazníos. ¿Sabes que hay que tener aguante con un mozo como tú?... Pero me vas a oír, y, te lo repito con alegría, (*Pausa.*) Bastián, yo no soy un hombre de mal fondo. Clávate en los sesos esa verdad. He venío a ver a Juana porque no podía vivir sin verla, porque me moría a pezos... Pero no he venío contra tí. Y eso que me quitaste a Juana. (*Bastián niega enérgicamente.*) ¡No menees la cabeza, Bastián!... ¡Me la quitaste!... ¡Estaba yo primero que tú!... Pero, en fin, me la quitaste con agrado de ella y con un cura por medio, y como el carño y la ley se fueron a tu banda, yo me dije: “Antolín, hijo mío, resínate y no pidas lo que no te van a dar.” Luego yo no he venío contra tí. ¿Estamos conformes?... Ahora es cuando debes menear la cabeza. ¿No? (*Pausa.*) ¡Y si agrego que tiraba de mí otra cosa que tú me has quitao?... ¡Mi hijo, Bastián! (*Este sigue inmóvil, con los ojos clavados en los de su vencedor, que le mira con fijeza.*) De modo que ¿es decente quitarme el hijo y la mujer, y encima, na más que porque yo la quise antes que tú, acecharme pa acabar conmigo?... ¿Es eso noble?... ¡No es un contra Dios?... (*Pausa.*) Voy a desahogarte otra vez. (*Le quita el pañuelo.*) Ea, responde. Dí si no piso el terreno de la razón.

BAS.—Ahora, aunque llames al Calañés. Pa esto no te sirve. ¡No chisto!

ANT.—(*Mirándole un poco desconcertado.*) No; como bárbaro, lo que es como bárbaro, hay que osequiarte con el número uno. Y no has caído tú en la cuenta de que, lo mismo que te he obligao a oír, te obligaría a contestar.

BAS.—¡Ni quemándome vivo!

ANT.—Bien. Si “te se” hace tan duro razonar, calla. Hablaré yo por ti. Supongamos que tú, pa pescarme en un renuncio, me dijeras: “Si no tiene usted malas entrañas, ¿cómo le pidió conversación a una mocita, siendo casao, y pa qué la engañó?... A esa pregunta contestaría yo contándote una historia de las que manan sangre. Verás. Sin bozo todavía me casé con una hembra sevillana, guapa de verdad, más alegre que guapa, y más gastosa que alegre. Trabajé con ansia pa que ni gloria le faltase, y con el trabajo, y con no ser mu torpón, y con tener padrinos... pos de marinero subí a contramaestre y erapecé a ganar, ayudándome con algún contrabandillo, mu buenas pesetas. (*Poniéndose una mano sobre el corazón.*) Este “me se” salía de la jaula de orgulloso, y yo, de puro engreído, hasta pa entrar en la catedral agachaba la cabeza, no fuese a pegarme contra un dintel. (*Bastían se sonríe desdeñosamente.*) No te burles hijo, que las vanidades de la juventud son sagrás. Pos un día, al oscurecer, me despido, me embarco en el *Hispalis*, que iba pa Londres; y ya cerca de Sanlúcar nos pilla por delante un vapor y nos esbarata media proa. Casi me alegré porque al otro día, de madrugada, iba a darle una sorpresa a mi costilla. (*Riendo amargamente.*) ¡Qué tontos somos los hombres! ¿Sabes pa quién fué la sorpresa?... Pues pa mí más que pa nadie, porque encontré en mi alcoba a un sujeto. Y... ¿sabes quién era el sujeto?... ¡Tu hermano, Bastián!... ¡Tu hermano que hizo el primer milagro aquella noche, quedándose con vida después de las puñaladas que recibió! (*Bastián no habla; pero levántase nerviosamente.*) Ya ves qué casualidad: la primera mujer que quise me la quitó tu hermano, y la segunda, que será la última, me la has quitao tú. (*Con la voz enronquecida, más sin perder su aparente tranquilidad.*) Y voy a beber porque todavía, al contar el episodio “me se” hace aquí un nudo. ¿Quieres, Bastián? (*Bastián se niega a beber, moviendo la cabeza.*) Bueno. Beberé por los dos. (*Bebe largamente.*) Ya comprenderás que, después de un lance como el referido, al hombre de más enjundia de hombre se le seca toa ilusión. Conque le dije yo a este güespe (*El corazón*): “Se ha rematao. Hazte de piedra. Y de piedra sería hoy si Juana no lo hubiese ablandao. (*Pausa.*) Ahora, en tu pellejo, pensaría yo: “Y porque a usted le hubieran engañao, ¿tenía usted derecho a engañar?”

BAS.—(*Sin poder contenerse.*) ¡Justo!

ANT.—¡Hombre, gracias a Dios! (*Bastián se muerde con rabia una mano.*) No te muerdas. No pongas tu amor propio en ser testarío. (*Pausa.*) Te respondo a la pregunta que la traición, muchos pares de veces, cambia en malo al bueno, y que del malo ná bueno se pué exigir. Pero yo no cambié, y, en vez de engañar, fuí el engañao. ¡Engañao por este (*El corazón*), que es nuestro enemigo, que nos roba la tranquilidad y la reflexión, que le corre las espuelas a nuestra fantasía, que nos deja ciegos pa ver nuestras canas y sin memoria pa contar nuestros años!... ¡El que hubiera escuchao lo que me decía yo por dentro cuando me engañó!... “Ya llegó, hijo, Antolín. Ya llegó la felicidad.” Porque el loco este (*El corazón*) como si fuera un recién nacio, no se halla sin que lo manejen manos de mujer. “Ya llegó; ya pués anclar en la vida serenamente...” Y mira si soy burro, que no “me se” ocurrió que lo derecho era decirle a Juana: “No me quieras, porque ya otra mujer no me ha querío.” ¡Que es la gran razón!... Y tampoco “me se” ocurrió ahora que lo decente era no venir, porque, de puro ofendió, hasta con mirar ofendería. (*Bebe un sorbo de vino. Hay unos instantes de silencio.*) ¿Sigues mudo?... ¿No te cura lo que acabas de oír?... (*Bastián calla.*) A ver si soltándote las manos “te se” suelta la lengua. (*Le desamarra con nerviosa precipitación y Bastián se desentumece los brazos sin darse a partido.*) ¿Todavía no rompes?... ¿Será porque te falta?... Toma. (*Le da el revólver a Bastián, que se pone en pie y le mira entre admirado y colérico.*)

BAS.—(*Tirando el revólver.*) Ya, no.

ANT.—(Con amargura y algo de despecho.) ¡Claro!... Ya ¿pa qué?... ¡No oíste a Juana?

BAS.—(Mirando instintivamente hacia la puertecilla del corral.) La oí.

ANT.—¿Y querías matarme pa que criticaran a tu mujer hasta las piedras y pa ir tu a presidio?... ¡A presidio por matarme... cuando me voy a marchar tan lejos, tan lejos, tan lejos, que no me volveréis a ver!...

BAS.—¿De verda?...

ANT.—(Alto.) ¿Pa qué tengo yo que mentir? (Suenan un recio golpe en la puerta.)

BAS.—¿Pronto?

ANT.—Pronto. (Suenan otro golpe.)

BAS.—(Imponiendo silencio.) ¡Chss!...

JUA.—(Dentro. Golpeando.) ¡Bastían!... ¡Bastían!... ¡Si te he oído!...

ANT.—Hay que abrir.

BAS.—¡Chss!...

JUA.—(Dentro. Con rabia y dolor.) ¡No, no!... ¡Si veo la luz!... ¡Si estás ahí!

ANT.—(Muy pálido, con la voz un poco quebrada y dejando de tutear a Bastían.) Abra usted, o escandaliza al pueblo.

JUA.—(Apasionadamente, mientras abre Bastían.) ¡Si estás ahí!... ¡Si sabía yo que estabas ahí!... (Tira Bastían de la puerta y Juana se abraza a él riendo y llorando, y le besa con una alegría delirante.) ¡Bastían, mi vida, corazón mío!...

ANT.—(Temblando, cadavérico, con una expresión de angustia aterradora.) ¡Delante de mí, no!

JUA.—(Acariciando a su marido.) ¡Bastían!... ¡Bastían!... ¡Vida mía!...

ANT.—(Suplicando con una voz que es un sollozo.) ¡Delante de mí, no!... (Avanzando con un impetu salvaje y separando de un empujón a Juana de su marido.) ¡Delante de mí, no! (A Bastían, con una ráfaga de locura en los ojos.) ¡Fuera!... ¡Huye!... (Entra el Calañés y aguarda junto a la puertecilla.)

BAS.—(Ciego de ira y espoleado por los gritos de Juana.) ¡Cuando te mate! (Va a coger el revólver; pero antes de que llegue adonde está, Antolín empuja el cuchillo que hay en el mostrador, se arroja sobre él y se lo hunde en el pecho.)

ANT.—(Al herirle.) ¿Viéndome ella?... (Bastían cae en brazos de Juana, que, gritando desgarradoramente, le deja caer en tierra y se arroja junto a él.)

JUA.—(Con unos alaridos trágicos.) ¡Socorro!... ¡Socorro!...

ANT.—(Desvaneciéndose.) ¡No he sido yo!... ¡Mi mano sola fué!... ¡Por ti!... (El Calañés abre apresuradamente la puerta del corral.)

CAL.—(Señalando hacia la puerta, despavorido.) ¡Escape usted, mi amo!

JUA.—(Incorporándose, desmelenada y rugiente como una leona.) ¡No!... ¡Socorro!... ¡Socorro!... ¡Al asesino!...

ANT.—(Gritando y sollozando con un mortal desaliento.) ¡Al asesino!... ¡Socorro!... ¡Que prendan a mi mano!... ¡Que ahorquen a mi corazón!...

FIN DEL DRAMA

